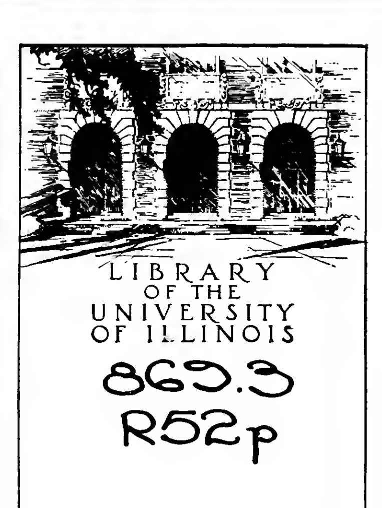


Menendez

ENRIQUE E. RIVAROLA

PRIMAVERALES

I PRIMAVERALES—II UN LIBRO DE AMOR—
III NOCHE—IV POESIAS DIVERSAS

Con un Proemio del Dr. Don Nicolás Avellaneda



BUENOS AIRES

Arnoldo Moen—Librero-Editor—Calle de la Florida 136

1886

PROEMIO

Victor Hugo lo ha dicho—Se escribe lo que se ha sentido, lo que se ha imajinado, lo que se ha visto: y estos son á la verdad los elementos de un libro poético.

El jóven autor de los versos que ván á leerse, solo ha podido hasta hoy *imajinar* mucho. A los diez y nueve años, el libro de la vida no se halla abierto sino en esta pájina. Sus versos son la sombra de sus sueños.

El jóven poeta no vacila en reconocer este carácter de sus versos, que pueden ser comparados con mayor propiedad que nunca, con los primeros movimientos de una ave, que, ya medrosa ó audaz, ensaya sus alas voladoras. Todo es incierto, pero es tambien rumuroso en su alma—Son los preludios del canto.

La mañana de la vida, ha dicho el cantor del René, es como la mañana del dia, llena de ruidos, de imájenes y de armonia.

Oigamos como el poeta mismo se define:

Soy como el ave
que canta sola,
como las flores,
como la ola,
que solo sueña
con sus rumores—
íntima voz:—
ave, sin nido;
flor, sin amores;
ola, sin playa;
alma, sin Dios!

—

El primer canto se intitula «Primavera», y su soplo ardoroso circula por todo el libro.

«Bello es vivir cuando las flores viven;
Bello es amar cuando las flores aman;»

y para dar la nota á esta embriaguez de la naturaleza ó prestarle una imájen, el pensamiento del poeta se exalta, se extasía y se desvanece, descendiendo en flores y en himnos á los piés de la Beatriz desconocida. Su amor se confunde con el presentimiento y con los sueños.

Yo creí que los ángeles
coronaban tu frente,
y que era para tí cuánto veía!....
La selva sus murmullos te ofrecía;
sus colores la nube de occidente;
el ave errante melodiosos cantos,
cuando te iba siguiendo con su vuelo
llamada por la voz de tus encantos;
las hojas su verdor; su luz el cielo!
....
Sí! yo te ví resplandecer; las aves
esclamaron al verte «¡esa es la aurora!»
y alzaron para tí sus cantos suaves.
Al contemplarte por la vez primera,
la flor, en cuyo seno el alba llora,
gozosa murmuró: «¡la primavera!»

—

Donde quiera que se abra este libro, se escucha una nota de música que canta.

El verso del Sr. Rivarola es hoy sobre todo musical, pero será pronto íntimo, poético, esplendoroso, porque está destinado á recorrer las formas todas del lirismo. El reloj de arena que el tiempo lleva en sus manos, necesita dejar caer algunos de sus duros granos sobre el sendero florido que embriaga á nuestro poeta con sus perfumes primaverales.

Es cruel la ley, pero es la ley. La verdadera inspiracion vendrá con la meditacion, con la pasion, con el dolor.

El corazon del hombre, ha dicho un poeta de esos pueblos antiguos que por serlo conocian mejor la vida, el corazon del hombre es como aquellos árboles del bosque que solo vierten su mirra y su incienso, cuando han sido heridos por el hierro.

Las composiciones que hoy se publican, no son, en la intencion misma del autor, sino un primer ensayo. Pero cuando entre estas se encuentran la variedad de àspectos, la diversidad de tonos y el movimiento dramático que encierran los cuadros de la *Severa,*—la pintura patética del *Suicida*—y la melancolía enternecida que se desprende de las estancias de *Sor Maria,*—es muy difícil trazar un horizonte al porvenir poético que empieza á desplegarse tan brillante delante de nuestros ojos.

Hemos nombrado este poema de *Sor Maria,* que es el mayor esfuerzo poético de nuestro amigo—é invitamos á leer las sentidas estrofas en las que se siente verdaderamente el silencio del cláustro cayendo sobre las cenizas de las pasiones estinguidas.

Pero, nos preguntamos: ¿Por qué esta «Musa» del poeta niño se interna tan fácilmente y á cada momento en la iglesia solitaria, para escuchar bajo la bóveda oscura los murmullos del viento que viene á espirar con sollozos al pié de la columna, trayendo los últimos ruidos del mundo?—Los ojos y la imaginacion se deslumbran con el colorido de los bellos y variados cuadros ¿Por qué no lo derrama con profusion en sus versos fáciles?—Es argentino y tiene por delante la Pampa inconmensurable ¿Por qué no le tienta su estension?

Enrique Rivarola es hijo de Werther, de René, de Obermann, de las «Meditaciones» de Lamartíne y de las Noches de Musset, es hermano de Olimpio por su juventud y por su tristeza,—es hijo sobre todo de este siglo que ha modelado su corazon;—y sus instintos secretos le advierten ya apesar de su juventud, que hay mayor inmensidad en la soledad del alma, que en la soledad del desierto.

Los colores se mezclarán á los colores; y si el poeta es viajero como Teófilo Gautier, reflejará en su paleta los vívidos matices de luz con que el sol desparrama sus rayos por todas las esferas

del cielo. Hermoso espectáculo para la imaginacion y para los ojos!

Pero el poeta paisajista pasará con los gustos de su jeneracion. Falta en sus cuadros la nota viviente que solo sube de las profundidades del alma y que ha hecho eternos el murmullo de las aguas del «Lago» de Lamartine, el movimiento de las hojas descoloridas del otoño en la Tristeza de Olimpio, el paseo de Musset por el bosque de Fontainebleau, y para igualar la prosa májica con el ritmo alado, aquel canto que Cimodocea suspiró en las rejas de su prision, confiando su libertad y sus amores á los vientos y á los bajeles de la Ausonia.

El colorido es bello, pero solo es perdurable la espresion del sentimiento humano. Oigamos ahora para no estraviarnos, las estrofas en que nuestro poeta describe la soledad del cláustro, su iluminacion furtiva por un rayo pálido de la luna y la aparicion de la monja arrastrando su largo sayal por los pavimentos desnudos.

La luna se vá alejando,
y en sus postreros desmayos,
los últimos tíbios rayos
por el cláustro van pasando;

y Sor Maria, quedando
á solas con su martirio,
vé en agitado delirio
alumbrarse los objetos
como á los rayos inquietos
qne dá la lumbre del círio!

. . . .

El cláustro quedó mas frío;
y la luna, al ir bajando,
en las sombras fué dejando
aquel recinto sombrio;
y en confuso desvario,
con estraños movimientos,
sombras en los pensamientos
la oscuridad fué vertiendo,
que pasaron pareciendo
un remolino de vientos.

Sor Maria,—interrumpiendo
la quietud con sus suspiros
que en alborotados giros
iban al cielo subiendo,—
el cláustro fué recorriendo
desde el uno al otro lado,
como cadáver alzado
desde el fondo de la fosa,
que vaga, y jamás reposa,
por una sombra arrastrado.

II

La crítica seria impertinente en presencia de estas primeras composiciones, tan lijeras, tan aéreas como espontáneas—Lo que el Sr. Rivarola ignora, se lo enseñarán muy pronto la vida y la práctica de su arte—No necesita otros consejeros.

Nótase siempre en las composiciones de la primera juventud, como su rasgo primordial, la sávia que sobreabunda, ó en términos mas correctos, la produccion escesiva—Se dice todo, cuando nada hay adherido íntimamente á nuestro ser y lo que se lleva adentro es en su mayor parte reflejo de lecturas, de imaginaciones fugitivas ó de impresiones estrañas—Pero cuán penosamente suben del corazon á los lábios aquellas palabras que ántes de ser trazadas por la pluma, han asomado como lágrimas en los ojos! Cuando nuestro jóven poeta haya sentido, pensado y observado mas, será avaro de su tesoro y no lo entregará tan fácilmente á los vientos del camino.

Es necesario ser severo consigo mismo—No todo lo que se escribe, pertenece irrevocablemente al público. Cien versos mediocres relegados al olvido hacen brotar de pronto en la memoria un verso con alas. Hay ademas magnificencia en dejar algo para sí.—¿Cuando y en qué Revista públicarás esta composicion? preguntaba una vez Pablo de Musset á su hermano—No—La guardo para mí, respondió el cantor de Rolla—Este es mi lujo»—Nuestros jóvenes poetas deben reflexionar sobre este tema. La facilidad es atrayente, pero es engañosa.

Byron, Musset, Vigny, Lamartine, Leopardi, no habian escrito á la edad de nuestro amigo un número tan grande de versos. Hay sin duda exeso.

La imájen del poeta no se halla representada por la Náyade de la fuente que deja escapar en ola contínua toda la agua encerrada en sus cavidades. La poesia es concentracion, es reflexion, es poder dado á la palabra por su sentido infinito—La imájen de la poesia es mas bien aquella gota de ambrosía que la Psyquis divina guardaba en su seno, y que cayendo un dia de sus lábios entreabiertos, embriagó á los hombres y perfumó la tierra.

III

No leia versos despues de mucho tiempo, y he leido últimamente los que me han sido enviados por sus jóvenes autores. Quiero valerme de esta ocasion para consignar mi gratitud, mencionando siquiera sus nombres. Nuestro jóven autor no se agraviará por esta digresion. Es por su blanda índole el amigo de todos, y siempre tendrá entre pocos ó muchos su fisonomia aparte, por la sonoridad del verso, por la espontaneidad en la produccion, y para decirlo de una vez, por el don instintivo del canto.

Ahí están,—el poeta nacional queac aba de hacer resonar al pié del renombre de Hugo el coro escelso de las liras gigantescas, como aquel concierto colosal dela Exposicion de Filadelfia, cuyos compaces eran marcados por el estampido del cañon--Cárlos Monsalve que maneja con igual maestria el vocablo antiguo y la fantasia alemana, que vive en intimidad con Hoffmann y con Don Alfonso el Sabio y que debe llevar en su cabeza

un mobiliario bien rico, cuando puede dar dentro de él asiento á sus dos huéspedes separados por tantos siglos—Navarro Viola que deja por ocasiones sus largos estudios, para ser poeta quedando siempre pensativo, y que trazaba ayer en una estrofa la silueta del Dante Alighieri, trasladando á sus versos el estremecimiento con que le vieron pasar las mujeres de Verona—Ahí está, por fin, Garcia Mérou que sigue hoy en Paris y por la calle de los Molinos las huellas de Alfredo de Musset, cantando tambien á la luz de los reverberos y sobre el asfalto del pavimento las vírgenes locas y los amores vagos, y que empieza con afan insano á punzarse el corazon, para llorar pronto sobre sus muertas ilusiones lágrimas de sangre—¡Que haya á lo menos una voz amiga que le repita al oido la tardia confesion del maestro—«Es tentar á Dios, amar el dolor!!»

IV

Paso á los poetas!! Aunque no se lo demos, avanzarán con nosotros, sin nosotros y apesar de nosotros á ocupar la cabeza de la columna. Cuatro ó cinco estrofas representando un estado del espíritu, dando espresion á las agitaciones del corazon y que contengan uno de aquellos versos que son como una fibra del alma, bastan para salvar una memoria de hombre en el naufragio de los tiempos.

La accion política es mas ruidosa, pero es tambien incierta en sus resultados y ninguno de los que viven en su ajitada arena, puede calcular el alcance futuro de su nombre. ¡Cuántos personajes ufanos y vanagloriosos, van pasando al olvido en la historia contemporánea misma, mientras que un verso de Schiller, de Byron ó de Echeverria hará conocidos sus nombres en la mas lejana posteridad!

Los cuadros de la historia antigua dentro de los que se veia un pueblo, desenvolverse, crecer,

llegar á la cumbre de la dominacion ó de la cultura, desarrollando siempre sus elementos primitivos, se hallan hoy rotos por esta presencia de los pueblos nuevos, que se acrecientan por las avenidas de hombres que llegan de todas partes trayendo los orígenes mas diversos. Pueblos así formados se encaminan sin duda á la civilizacion mas cosmopolita y por lo tanto mas alta; pero están destinados á pasar por transformaciones sin cálculo.

Entre los elementos presentes, ¿cuáles subsistirán al través de todos los cambios?—Podemos, sí, afirmar, puesto que de la poesia hablamos, que mientras el Rio magestuoso que nos dá su nombre lo conserve, y habite á sus márjenes un pueblo que hable nuestro idioma, no faltará quien descienda cada tarde por las calles de la populosa Ciudad, llevado por ese tumulto interior de los deseos sin nombre, de las aspiraciones jigantescas, y de las sensaciones profundas, que necesita para ser espresado asociarse á los vastos espectáculos de la naturaleza, y que viendo las aguas del Plata sublevarse en impetuosos torbellinos ó dilatarse reflejando las estrellas del cielo,—repita para sí, despues de doscientos ó trescientos años los versos de Echeverria.

¡Quién pudiera, hermoso Plata,
cabalgar sobre tus ondas
y de tus entrañas hondas
los misterios descubrir;—
ó en el ráudo torbellino
de la tormenta engolfarse,
en tu atmósfera bañarse
y de tu vida vivir!

Me place con el Pampero
esa tu lidia jigante,
y el incansable hervidero
de tus olas á mis piés;
y la espuma y los bramidos
de tu cólera soberbia
que atolondran mis sentidos,
llevan á mi alma embriaguez.

Me places cual la llanura
con su horizonte infinito,
con su gala de verdura
y su vaga ondulacion,
cuando en los lomos del bruto
la cruzaba velozmente
para aturdir de mi mente
la febril cavilacion.

Y te quiero ¡oh, Plata! tanto,
como te quise algun dia,
porque tienes un encanto
indecible para mí;
porque en tu orilla mi cuna
feliz se meció, aunque el brillo
del astro de mi fortuna
jamás en tu cielo ví.

Oh, Plata! al verte jigante
me ajiganto, iluso siento
la emocion y arrobamiento
de un inefable placer;
y mi vida incorporarse
con la tuya turbulenta,
y en inmortal transformarse
mi perecedero ser.

La estátua de D. Estévan Echeverria guardará indudablemente su nombre, cuando hayan perdido el suyo otros monumentos mas fastuosos.

V

He querido hablar antes de concluir, del mas famoso de nuestros poetas, ya que un noble sentimiento de opinion ha inducido á buscar tardiamente sus huesos en un Cementerio estrangero, para no encontrarlos. La estátua misma no es sinó un proyecto, pero nuestros jóvenes poetas deben el homenaje de su realizacion, al mas grande de sus antecesores en el órden de jénio poético, y de la gloria que los versos producen.

D. Estévan Echeverria es el poeta Sud-Americano que haya dejado tras sí una obra poética mas estensa, apesar de la brevedad de su vida, de las dificultades de su produccion, de las angustias de su patriotismo y de los tiempos de *bronce* que le tocaron en suerte. Su poesia es muchas veces descriptiva y con frecuencia defectuosa en sus formas, pero se la siente siempre internamente bella, como la actitud de una alma que se recoja

á meditar. Echeverria es mas que un poeta, un pensador poético.

Es cierto que ha sido el primero en traer á sus cantos el espectáculo de la naturaleza argentina,— pero la describe menos en sus aspectos esteriores, que lo que la siente en sus relaciones con el espíritu. De ahí el asombro causado por la «Cautiva», y el secreto de su orijinalidad permanente, que solo puede provenir de un sello personal. Es la naturaleza argentina no tanto vista, como sentida por vez primera, y traducida en cuadros que van del interior al esterior.

El pincel dá apenas breves toques, cuando ya sobreviene la melancolía ó la reflexion.

Hay siempre encanto en escucharlo.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
sublimes y á par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí!—Cuánto arcano
que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
la aura aromática y pura;
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.

Las armonias del viento,
dicen mas al pensamiento,
que todo cuanto á porfia
la vana filosofia
pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Solo el génio su grandeza
puede sentir y admirar.

—

No niego que Echeverria haya introducido la descripcion en nuestra poesia con la verdad del colorido local; pero introdujo sobre todo en ella las palpitaciones del corazon, los afanes insomnes de la mente, los éxtasis de la fé, y los tormentos de la duda, haciéndonos conocer los acentos de la Musa moderna. Hé ahí el recuerdo que yo incribiria al pié de su Estátua.

Desde que la voz de los «Consuelos» hizo vibrar nuevas fibras en el alma argentina, entramos ya en la atmósfera literaria del siglo, asistiendo desde tan léjos á la vida de los mas grandes espíritus. Lamartine y Hugo, Byron y Goethe, son nuestros al través de Echeverria. Recordada sea

por siempre su influencia sobre la mente de los argentinos! Por eso, su aparicion fué como un deslumbramiento y su canto resonó con acentos tan peregrinos.—Por eso, si sus méritos de poeta son grandes, fué mayor aún su accion como precursor—Lo ha sido ya para tres jeneraciones que han seguido sus huellas luminosas; y hay por lo tanto gratitud como entusiasmo en el homenaje que se prepara á su memoria.

La estátua de D. Estévan Echeverria debe ser levantada con mayor justicia que la muralla de la leyenda griega, al son de las liras pátrias. Poetas argentinos—hé ahí vuestra obra! Hay derecho para concitaros á su cumplimiento, valiéndose de una voz que debe seros tiernamente conocida *Manibus date lilia plenis*—Derramad con este objeto los lírios á manos llenas.

El autor del volúmen que vá á leerse es el primero en traer al fondo comun el producto de sus versos—Entreguemos ahora el libro de nuestro jóven amigo á su destino—*Habent sua fata libelli!!*

N. Avellaneda.

Buenos Aires, Setiembre de 1881.

I

PRIMAVERA

Todo se siente renacer, cubierto
por un soplo creador que el mundo baña;
que dá el tierno retoño al tronco yerto,
su verdor á la palma del desierto,
y la pálida flor á la montaña.

«¡Despertad!» dice Dios á los murmullos
de la callada selva, y á las flores:
«¡Desplegad sin temor vuestros capullos!» ....
y repite la selva sus arrullos,
y se entrega la flor á sus amores!

Dice á la ola de la mar: «Despierta
de tu seno espumoso la armonia» ....
«¡Surje del caos!» á la aurora incierta....
y la armonia de la mar despierta,
y despierta la luz, despierta el dia!

«¡Brillad!» dice á las pálidas estrellas;
«¡Luce, triste!» á la luna cuando pasa....
y cruzando el azul, fúlgidas, bellas,
la alba luna y las pálidas estrellas
envueltas van en su crespon de gasa!

Dice al pájaro amante: «Es tuyo el cielo;
despierta los amores en tu nido»....
y sintiendo nacer todo su anhelo,
tiende el pájaro rápido su vuelo,
entre la luz primaveral perdido!

En la hoja, en el árbol, en las flores,
en la selva, en el rio, en la pradera,
en la aurora, en los pájaros cantores,
luces todas tus galas y esplendores,
luces todo tu encanto, primavera!

Nos darás ese encanto, esa armonia,
ese sublime universal concierto,
esa vaga y celeste poesia,
que contigo renace, y con el dia,
en la montaña, el valle y el desierto!

Tú nos darás tus noches, primavera!
aquellas en que el límpio firmamento
cruza soñando la inmortal viajera;

en que la aurora en la tiniebla espera;
en que enmudece en la llanura el viento!

Tú nos darás apaciguadas horas;
frescas tardes; crepúsculos serenos;
mañanas como el cielo encantadoras;
rosas como el amor embriagadoras;
á todos ese amor; paz á los buenos! . . . .

Y yo diré,—cuando el perfume liben
entre las rosas, á que hermanas llaman,
las mariposas que á tu luz reviven:—
¡Bello es vivir cuando las flores viven!
¡Bello es amar, cuando las flores aman!

Setiembre 17 de 1879.

II

AMOR VELADO

¡Mi vida,—vida mia!
¿Por qué callar lo que en el alma siento?
¿Por qué dejarte indiferente y fria
cuando lleva un volcan mi pensamiento?

Ah! suerte malhadada,
la que al sendero de mi vida arroja
una flor de ilusiones, perfumada,
que, falta de rocío, se deshoja!....

Te miro, te contemplo,
y siento, en el altar de tu belleza,
el fervor religioso que en el templo
hace inclinar al monje la cabeza.

Del rulo que en tu frente
alegre juguetea, voy prendado,--
arrastrado quizás,--reo inocente
de este solo delito: haberte amado!

Y en pos de los amores,
sigo la luz de tus miradas bellas,
cual siguen en la noche los pastores
el trémulo fulgor de las estrellas.

Pero mi lábio mudo
jamas confió secreto tan querido,--
que tu candor de vírgen, como escudo,
ahogó mi voz y resguardó tu oido!

Oh! tú no sabrás nada
de la inmensa pasion que me doblega,---
de esa fuente de amor que llevo ahogada,---
único altar en que mi lábio ruega!....

¡Mi vida,---vida mia!
Yo callaré lo que en el alma siento,
y te veré pasar serena y fria,
sin que mi voz traicione el pensamiento!

III.

A UN PAJARO ENJAULADO

Cantas?. . . .Nó! que tu canto es un lamento
que nace al recordar el bien perdido,
el amoroso y olvidado nido
que en el álamo audaz mecia el viento;

Es una tierna entristecida queja
con que al amor de tus amores llamas;
á quien amaste ayer, á quien hoy amas
en la prision de la tirana reja;

Es un grito, que pide de tu vuelo
la libertad que no olvidó, y con ella,
la rama en que entonabas tu querella,
el nido, el árbol, el amor y el cielo! . . . .

Ah! yo te la daria, tierno amante,
si ignorase que el viento y el olvido
te arrebataron el amor y el nido
de la copa del álamo gigante!

Setiembre 22 de 1879.

IV

¿Qué es el amor en la vida?...
Decidlo, flores lozanas,
que abris la fresca corola
al beso tierno del aura!
Decidlo, infinitos cielos,
en cuyas bóvedas vagan
los suspiros de la noche,
y el murmullo de las alas,
que van al pasar dejando
los ángeles y las almas!
Decidlo, brillantes astros,
luna pasajera y pálida,
destellos del sol ardiente,
rayos tímidos del alba!
Decidlo, mares gigantes,
cuando vuestras olas pasan
bajo el estrellado cielo
acariciando la playa!
Decidlo, gratos recuerdos

que llevo siempre en el alma;
que acaricio con mis sueños
para no estinguir su llama;
que con la fé los sostengo,
y aliento con la esperanza;
que ilumino con la estrella
de las ilusiones castas;
y que cobijo en la mente
con pasion á que no iguala
la del pájaro que sueña
con el cielo y con sus alas! . . .

V.

EN LA SALA

Entra á la sala la visita. Es jóven:
contará diez y siete primaveras;
blanca, negro el cabello, que en su espalda
cae en corona de lucientes trenzas.

En su fresca mejilla abren sus pétalos
rosas que el alba con su luz despierta:
el alba de la vida, que, en sus ojos,
de sus pestañas á la sombra, tiembla.

Las amigas, alegres, en sus brazos
con efusion dulcísima la estrechan,
semejando el rumor de una cascada
el éco de los lábios que se besan.

Entretanto el amante, cabizbajo,
mudo y de pié junto á la silla queda,
pensando cuántos besos se prodigan
sin poder conseguir uno siquiera.

Enero de 1880.

VI

LO QUE DICEN LOS OJOS

Un amigo, un poeta,
nos contaba, en sus rimas muy galanas,
lo que á su mente inquieta
decian las campanas
todas las tardes, todas las mañanas.

Aquello era de efecto:
la frase muy florida, y cincelada
en verso el mas perfecto;
pero es verdad fundada
que el récio campanear no dice nada.

Pensando, sériamente,
qué cosa bajo el sol encontraria,
que fuese preferente
á esa majaderia
de tocar la campana noche y dia;—

Hallé idioma mas bello
en la luz que acaricia las pestañas,
y envia su destello,
en ráfagas estrañas,
hiriendo el corazon en sus entrañas.

Pensé que una mirada
habla mas á la mente soñadora
que tanta cencerrada,—
porque allí, á toda hora,
brilla el alma, el amor, la luz, la aurora!

Pensé que hay mas grandeza
en la llama del cielo que ilumina
la espléndida belleza;
y que ella es mas divina
que todo cuanto el hombre se imagina.

Y al escuchar idioma
que para vuelos del amor tenia
sus alas de paloma,

y aquella poesía
tan llena de pasion y de armonia;

Pensé que, sobre el cielo,
los ojos son estrellas,—y que ufanas,
hablan mas al anhelo
dos estrellas hermanas,
que todo cuanto dicen las campanas.

Febrero 1° de 1881.

VII

PAISAJE

Dormido estaba el lago, reflejando,
en su limpio cristal,
las nubes que en ocaso enrojecia
la luz crepuscular.

Los juncos de la orilla se inclinaban
con solícito afan,
y la sonriente limpidez del lago
parecian besar.

El ave errante que cruzando el cielo
iba cansada yá,
en el tranquilo espejo de las aguas
se miraba al pasar.

Una paloma, descendiendo el vuelo,
el límpido cristal
azotó con sus alas palpitantes,
y tornóse á volar.

Sus circulos de plata estendió el lago,
y yo creí escuchar
una voz suspirante que decia:
Paloma ¿volverás?

Mayo 12 de 1879.

VIII
MÚSICA

Mis sienes se sacuden,
mi corazon se agita
como las hojas trémulas
que bate el huracan.
Las notas en el piano
parece que suspiran,
como suspira el viento,
como suspira el mar.
¿Es ave que se queja
sobre el desierto nido?
¿es canto de los ángeles?
¿es llanto de mujer?
¿Qué voz es la que habla?
¿son besos? ¿son gemidos?
¿son quejas? ¿son lamentos?
¿son risas del placer?
Tu mano, convulsiva,
con frenesí cayendo
sobre el teclado, rápida,
parece arrebatar

á las dormidas cuerdas,
en confusion, revuelto,
de arpégios y de notas
dulcísimo raudal.
De muertas esperanzas
reflejos ilusorios,
sonrisas que reviven
de un mundo halagador,
despierta la armonia,
como torrente indómito
que envuelve la cabeza
y anima el corazon!
La música es el ala
del alma pensativa,
y el alma de este mundo
que sueña otro mejor;
el rayo que evapora
las penas de la vida
como evapora nieblas
el esplendor del sol.
La música en las aguas
la sueñan las sirenas
que al rayo de la luna
sobre las olas van;
sobre las blancas olas
que con su soplo ondean

los vientos de la noche,
serenos, al pasar.
La música es la forma
del sueño de la mente;
la música es la vida;
la música es amor;
la lira misteriosa
que dentro el pecho vierte
el ignorado bálsamo
de cada corazon!
La música nos dice
lo que los lábios callan;
lo que la voz del hombre
jamas podrá decir;
secretos que cobijan
con inquietud las almas,
como cobija aromas
la sombra del jazmin! . . . .
Si quieres que yo sueñe
lo que el poeta sueña,
y el mundo que el habita
habite yo tambien,
arranca la armonia
de las dormidas cuerdas,
que eleva tu alma al cielo
y hace de mí otro ser!

IX

SOLEDAD

De la verde alameda al fresco abrigo
llevar mi amor á disfrutar quisiera,
si pudiese tu amor venir conmigo.
Paseariamos juntos la rivera;
tú arrancarias las esbeltas flores
que hace abrir la naciente primavera;
yo encontraria en tu pupila inquieta
la flor de los ensueños del poeta;
y apartados de un mundo de dolores,
solos los dos, bajo ese cielo en calma,
dejariamos trémula en el alma
desbordarse la luz de los amores!

Aqui, bajo la sombra, donde pasa,
atravesando las tupidas ramas,
el rayo tibio de la luz escasa,
tú me dirias, sí, cuanto me amas!...

Me dirias tus sueños, tus secretos,
que de vivir en tí viven inquietos;
y en un exeso de pasion vehemente,
darias con el soplo de un «te adoro,»
lluvia de perlas á mis sueños de oro;
fresco rocío al corazon ardiente!

Fieles testigos del amor sincero,
entre las hojas, las alegres aves
traducirían en sus coros suaves
la frase balbuciente del «te quiero» . . .
Ellas verian nuestro amor gigante
temblando en el suspiro que se exhala,
y cruzar el espacio como un ala,
revoloteando por el cielo, errante;
y en tanto que vagásemos perdidos,
con incansable afan nos seguirian,
y al par de nuestras almas alzarian
el canto del amor sobre sus nidos!

Arbol á cuya sombra llevo el paso;
flor que te inclinas si te besa el viento;
de las cascadas lánguido lamento;
sol de fuego que ruedas al ocaso;
primavera que naces este dia;
y tú, callado cielo, muda calma;

veriais, como un soplo de armonia,
cruzando el valle, atravesando el monte,
ir dos cuerpos soñando con un alma,
buscando en lo infinito su horizonte! . . .

Setiembre 21 de 1879.

X

AL REDEDOR DE LA ESTUFA

Calló Leonor pensativa,
con esa pena secreta
que dobla á la rosa altiva
y á la sencilla violeta.

Entre sus manos abierto
en vano el libro tenia;
que lo miraba, era cierto,
pero nó que lo leia.

La *mamá* le preparaba
una labor de la escuela,
y en un sillon bostezaba,
presa del sueño, la abuela.

La pobre niña, tan triste,
tan pálida estaba, acaso
como el dia que se viste
con las sombras del ocaso.

Ella sola no era dueña
de aquella paz que veía:
aunque á momentos risueña,
sufria ¡siempre sufria!

Envidiando su ventura,
fijó su mirada inquieta
en una hermosa pintura
de Romeo y de Julieta,

Y una lágrima asomando,
traidora de sus miradas,
bajó en silencio, besando
sus mejillas nacaradas.

Oh! inocencia del secreto!
su esplendorosa diadema
mostró el corazon inquieto!
Oh, belleza del poema!

La tristeza era la aurora
del amor, la prímavera;
un tormento de una hora,
una nube pasajera.

La lágrima, suspendida
sobre la mejilla hermosa,
era una perla dormida
sobre un pétalo de rosa!

Julio de 1880

XI
SOLOS

Allez dans les forêts, allez dans les valleés;
Faites vouz un concert de notes isolées

Victor Hugo.

Mi bien,—si has de quererme,—
tu pecho, abierto al mio,
confunda tu pasion con mis pasiones
como dos olas que levanta un rio.

¿Porqué tus equiveces
¡oh, mi amante embeleso!
si sabes que á tu boca seductora
le daria mi vida por un beso?

¿Si sabes quc el momento,
en que viéndote vivo,
labra en mis sueños con amor tu imágen,
deja en mi pecho el corazon cautivo?

¿Si sabes que es hermana
tu alma de la mia?

¿Si sabes que tu amor es una nota,
y unido con mi amor, una armonia?. . . .

Nó; no pierdas dudando
el tiempo que se acorta;
del mundo en que vivimos, de estos dias,
sin la fé del amor ¿qué nos importa?

No huyas, no te alejes;
acércate y amemos;
seré feliz y tú serás dichosa;
léjos uno del otro ¿qué seremos?

¿No quieres que rccoja
tus tímidos suspiros?
¿Que los vea subir, como el perfume,
buscando el cielo en voluptuosos giros?...

Si, deja que te ame!
Si, deja que te quiera!
¿No ves brillar y aparecer la aurora?
¿No sientes renacer la primavera?

¿No escuchas cómo el mirlo
en su cantar suspira?
¿No oyes murmurar entre las hojas
el viento leve que en los aires gira?...

En la llanura estensa
hasta las flores aman!....
¿no miras á las flores que nos miran?
¿no escuchas á las flores que nos llaman?....

Sonrie al ancho cielo
la estendida pradera—
¿no quieres ir allí, donde la sombra
de los álamos altos nos espera?

Oh, sí! vamos envueltos
en red de amantes lazos:
mis brazos enlazando tu cintura,
y mi cuello rodeado por tus brazos!

Es fuerza que te diga,
á solas: ¡yo te amo!
que recojan las ondas de tu seno
el llanto de emociones que derramo!

Es fuerza que te diga
á solas: ¡yo me muero!
que me digas, mi bien, cuánto me quieres;
que te diga, mi bien, cuánto te quiero!....

XII

¡CALLAD!

Oh! si llevais la luz de un pensamiento
como antorcha inmortal sobre la frente,
y os arrastra el impulso de ese viento
que el corazon en sus anhelos siente;

Si guardais la ilusion acariciada
entre dudas y fé, dicha y pesares,
como guardaba la vestal sagrada
el fuego de los místicos altares;

Si amais y sois amados—y el cariño
teje entre sueños las amantes palmas,
que, con la santa candidez del niño,
en un beso de amor unen dos almas;

Callad, callad, y amaos en secreto!....
Que el mundo no os sorprenda ni os agite!....
En él, como en el ríjido esqueleto,
no hay una fibra en que el amor palpite!

XIII

LAS DOS SIRENAS

(BALADA)

Mirando jugar las olas,
las olas alborotadas,
que sobre el lecho del rio
unas tras otras rodaban,
Maria, la de los ojos
que un mundo de amor irrádian,
la de los ojos de fuego,
la de los ojos que matan,
en la popa de la nave,
apoyada en la baranda,
soñando con sus recuerdos,
el corazon incendiaba.

Por los rayos de la luna
dulcemente acariciada,
surjió una hermosa sirena
y dijo á la niña pálida:
«¿Por qué el amor te entristece
«y viertes por él tus lágrimas?
«¿puéden acaso hermanarse
«la tristeza con el alba?
«Olvida como nosotras
«el fuego de amor que mata:
«el amor sobre la tierra
«es el veneno del alma!»

Y la niña de los ojos
que un cielo de luz irrádian,
dijo á la blanca sirena
que con la espuma jugaba:
«Yo cruzo un mundo ignorado,
«y las gotas de mis lágrimas
«son las perlas que en sus flores
«la aurora al nacer derrama.
«Como la luz de esa luna
«su luz tranquila no mata....
«el amor es en la tierra
«la poesía del alma!»

Una nube que los vientos
sobre la noche impulsaban,

pasando como una sombra,
veló la luna de nácar;
sumerjiéndose tranquila,
la sirena de las aguas,
apagó en sus ojos verdes
el brillo de la mirada;
y sobre el sueño de rosas
de la niña enamorada,
bajando de las estrellas
un ángel abrió las álas!

Enero de 1881.

XIV

IDILIO

—

Recuerdas?....El verano
las hojas de los árboles cubria
con oscuro verdor; sus altas copas
el bosque de los álamos mecia;
los pájaros jugaban
con las alas del viento;
y los rayos del sol rojos bañaban
con sus ondas de luz el firmamento.

A tus plantas, las flores
de amor se estremecian,
y mirarte admiradas parecian;
te seguia la brisa suspirando.....
¡mas que todos feliz!....al ir pasando,
besaba tu mejilla, y, presurosa,
se perdia en las ramas murmurando.

Yo creí que los ángeles
coronaban tu frente,
y que era para tí cuanto veia!....
La selva sus murmullos te ofrecia;
sus colores la nube de occidente;
el ave errante, melodiosos cantos,
cuando te iba siguiendo con su vuelo,
llamada por la voz de tus encantos;
las hojas su verdor; su luz el cielo!

Y luego allí, bajo la sombra quieta,
despertaron mis sueños de poeta,
despertó tu belleza de quince años;
y me dieron en luz de tus miradas,
tus ojos melancólicos y uraños,
la frase del amor apetecida
que entreabre las puertas ignoradas
de un nuevo cielo, de una nueva vida!

Sentados sobre el musgo,
vagando en pos de los primeros sueños
con nuestras almas, que en su vuelo hallaron
cada vez horizontes mas risueños,
conversamos, contentos,
de los campos, las selvas y las flores,
del amor, de los nidos y los vientos.

Sí! yo te ví resplandecer, las aves
esclamaron al verte: «¡esa es la aurora!»
y alzaron para tí sus cantos suaves.
Al contemplarte por la vez primera,
la flor, en cuyo seno el alba llora,
gozosa murmuró: «¡la primavera!»

Aurora!....Primavera!....Poesía
derramando en el mundo un paraíso
de eterno amor en el eterno dia;
un paraíso de armonia lleno,
que apareció surjiendo de improviso
al resplandor de tu mirar sereno!

Aurora!... Juventud!... Vida que encierra
el jérmen de otra suerte y otra vida
que parece flotar sobre la tierra;
que nos enseña, al proseguir su huella,
cruzando por la noche entristecida,
como arca de los cielos, una estrella!

Aurora!.... Juventud.... Los resplandores
que en tu mejilla, como flor abierta,
derramaron la luz de sus amores;
armonia sin fin que al alma inspira;
voz que murmura al corazon: «¡despierta!»
voz que repite al corazon: «¡suspira!»

Voz que levanta su cadencia suave
como el acento que en la tierna rama
alza contenta al despertar el ave,—
cuando, al confiar sus ánsias temerosas
á aquellos cielos en que vuela y ama,
los vientos las repiten á las rosas!

Voz que me hizo decirte: ¡yo te amo!
misteriosa sirena de la vida
que cuanto mas te esquivas mas te llamo:
voz que me hizo decirte que en mi anhelo
eras la estrella de oro suspendida
desde la inmensa cúpula del cielo!

Y al verte allí,—mis ojos en tus ojos
leyendo ese poema de ternura
que alienta sin cesar el universo,
y el universo sin cesar murmura,—
pensé que el Paraíso,
no era solo el que Adam perdiera un dia,
sino que está doquiera en que dos flores
confundan su perfume embalsamado;
en que dos palpitantes mariposas
pasen volando juntas por el prado;
en que las olas á las olas sigan
mezclando sus espumas;
en que se abracen dos verdosas palmas;

en que estienda sus alas el cariño
para cubrir dos almas!

Ha ya cumplido un año!
Y los dias, que huyeron como un viento,
no han podido borrar de aquel momento
la memoria feliz; aun tus palabras
escucha y siente el corazon amante;
y, si pasó aquel dia en un instante,
como todos los dias de la tierra,—
aquí en mi soledad,—en esas horas
en que se vé la lumbre fugitiva
reflejando en el cielo las auroras
ó el moribundo sol en el ocaso;
en que pasa la noche pensativa,
derramando los astros á su paso;
en esas horas en que el alma hundida
en el misterio del amor eterno
siente alas en los sueños de la vida;
para tu amor, aquella alegre tarde,
y el cielo de las dichas que hoy no alcanza,
guarda mi corazon dulces recuerdos,
y mi lira una estrofa á la esperanza!

Abril de 1880.

XV

¡Deseos de soñar tengo en el alma!...
¡Tanto tiempo sin verte!...Por lo menos,
no eres, amada mia, tan esquiva,
cuando vienes y flotas en mis sueños!...

Paréceme mas franca tu sonrisa,
y tu mirar, en su candor, mas tierno,
cuando vaga tu imájen en mi mente,
y, ébrio de dicha, al contemplarla, tiemblo!....

No eres, nó, tan esquiva; entonces, cerca,
tu pecho amante de mi pecho siento....
y al estrechar tu mano entre las mias,
aunque sí con rubor, recibe un beso!...

Y te hablo, y me hablas!...Y te miro,
y me miras tambien: goce supremo,
que solo en nuestras almas se despierta...
y que ni aun nosotros comprendemos!....

Y sentados así—juntos y solos,—
te repito, mi bien, cuanto te quiero,
mientras agita, suaves, sus latidos,—
ala de amor, —tu corazon inquieto!...

Y si tu lábio callas,—pensativa,—
¡qué respuesta tan dulce es el silencio,
cuando, alzándose el párpado, los ojos
en un rayo de luz muestran un cielo!...

Entonces, al capricho de la suerte
vencido deja nuestro amor inmenso,
sintiendo confundidas nuestras almas
aunque esten alejados nuestros cuerpos!...

¡Quiero soñar!... y créelo, mi vida,
amante siempre te hallaré en mis sueños!...
Oh, si! esta noche te veré al dormirme!...
Y ¿quién podrá quitarme ese consuelo?...

XVI

CALVARIO

¿Qué aurora deslumbrante,
risueña, nos espera,
guardando á nuestras almas
el manto de su luz?
¿Qué embriagadoras flores
la hermosa primavera
arrancará gozosa
de la feraz pradera
para tejer coronas
que cambie por mi cruz?

Oh, sí! cruz de tormento,
que sin cesar me abruma,
es la inquietud sin trégua
que agita el corazon;—
enloquecida ola
que al levantar su espuma

como una blanca cresta
rizada entre la bruma,
oir deja incesante
su acompasado son!

Sentir mil ansiedades,
acariciar mil sueños,
y luego despertarse
de nuevo, es una cruz;
y ver huir los dias
en pos de los ensueños,
envuelto entre los tristes,
buscando los risueños,
perdido entre las sombras,
ansioso de la luz!

Es una cruz, mi vida,
vivir siempre en deseo,
sin que la sed el alma
apague en su pasion;
la sed con que devora
mi loco fantaseo,
del cielo de mis dichas
la estrella que hoy no veo,
la paz de la cabeza,
la paz del corazon!

Es una cruz,—martírio
á que ninguno alcanza,—
la duda que atormenta
su cielo al soñador;
martírio que la vida
en un gemido lanza,
mientras que el negro cielo,
cubriendo á la esperanza,
arranca de las nubes
el rayo aterrador.

Es una cruz amarte
para seguir, sediento,
la huella que tu paso
querido me dejó,
sin que tu voz anime
mi fatigado aliento,
sin que, con tus caricias,
acalles el lamento
del pecho en que tu imájen
eterna se gravó!

1880

XVII

MI CARPETA

Tengo llenos de versos mis papeles,
y llena de papeles mi carpeta.
¡Cuánto tiempo bellísimo perdido
en ideäles sueños de poeta!

¿Tiempo perdido? Nó! Ellos repiten,
en todas sus palabras borroneadas,
lo que vivo aspirando eternamente
mientras vuelan mis horas agitadas.

Ellos reflejan penas y alegrias,
sonrisas, esperanzas y dolores,
y entrelazan un ramo misterioso
de punzantes espinas y de flores.

Allí, en forma de estrofas, he acopiado
lágrimas que me ahogaron tantas veces,
cuando la copa del dolor un dia
apuré, sin temblar, hasta las heces.

Allí, en cortados versos, en desórden,
ha vertido mi espíritu su anhelo;
de su infierno fatal dudas horribles,
y todas las estrellas de su cielo.

Allí,—libro olvidado, libro oscuro,—
¿qué quiero mas?—puedo leer mi historia,
y, como banda de revueltos pájaros,
despertar el recuerdo en la memoria!

Junio 9 de 1881.

XVIII

SED DE PASION

En la prision cautiva,
cautiva entre las rejas,
yo sé porqué te quejas,
ave canora: ese calor que aviva
tus ánsias de volar, lo tuvo un dia,
sedienta de pasion, el alma mia

Entre ramas verdosas,
mecido por el viento,
aspirando el aliento
de perfumadas y encendidas rosas,
pendia tu amoroso y casto nido,
feliz en su silencio y en su olvido.

Hoy lloras las perdidas
dulcísimas cadenas,
que en horas tan serenas
unieron los latidos de dos vidas,
de cuyo santo anhelo fué testigo
aquel nido de amor que les dió abrígo.

Asi tambien, yo miro
huir aquellos dias
de locas alegrias,
como huye en los aires uu suspiro;
y siento en mis ensueños mas tormentos,
y en mas dura prision, mis pensamientos.

En el mortal camino,
el hombre, como el ave,
soporta, duro ó suave,
el mal que le depara su destino,—
ese hado caprichoso de la suerte
que juega con la vida y con la muerte.

Yo sé por lo que cantas;
yo sé por lo que lloras,
en esas tristes horas
en que tus quejas trémulas levantas....
tambien, ardiente y soñadora, un dia,
tuvo sed de pasion el alma mia!

¿Porqué el viento arrebata
el solitario nido?
¿Porqué cae el olvido
sobre tantos anhelos, y los mata?..
¿Porqué los hombres y las cosas, todo,
habrá formado Dios del mismo lodo?

Y la flor de la aurora
¿porqué en la ta·de muere?
¿Qué dicha que se espere,
cual la niebla ante el sol, no se evapora?
¿A dónde, a dónde, llevarase el paso
que no marche cansado hácia el ocaso?

El manantial sereno
¿porqué rueda al lejano,
indómito oceano
que lleva en su bramido algo del trueno?
¿Porqué el rocio que la noche vierte
sobre el camino, en fango se convierte?

¡Misterio!....Nadie sabe
la ley, la ley eterna
que rije y que gobierna
la flor, la tierra, el cielo, el hombre, el ave,
y del mundo en el vasto panorama,
sombra, luz, y pasion, todo derrama!

Oh! dejemos que corra
todo cual Dios lo ha hecho,—
vivamos bajo el techo
del cielo en que su luz nace y se borra,
sin osar descubrir el hondo arcano
que alzó su idea y dirijió su mano!

Mas no! que la esperanza,
vertiendo luz de cielo,
purísimo consuelo
á despertar en mi ilusion alcanza,—
y cual la tuvo en su delirio un dia,
siente sed de pasion el alma mia!

1880

XIX

EN EL CAMPO

DE VICTOR HUGO

Sentábase, descalza y despeinada,
de la orilla en los juncos inclinados;
víla, y creyendo que era un hada, díjela:
¿Quiéres venir á los alegres campos?

Y fijó en mí, suprema, esa mirada
que queda á la beldad de quien triunfamos;
y le dije: «es el mes de los amores,
¿quiéres que entre el boscaje nos vayámos?»

Secó los piés sobre la yerba húmeda;
por una vez segunda nos miramos;
y quedó desde entonces pensativa....
¡Cómo cantaban los alegres pájaros!

¡Cómo besaba el agua las orillas!
Yo ví venir á los rosales altos
á la hermosa, salvaje y azorada,
riendo al través de sus cabellos lácios!

1880

XX

CANTO DE LA SOLEDAD

Cayó el sol; llegó la noche
melancólica y sombría,
que sobre el cielo tendía
su tenebroso crespon....
¡No se oia un solo viento!
¡Ni un ave sola cantaba!
Y hasta su latido ahogaba
mi cansado corazon!

Lloraba el sauce en la orilla,
sobre las olas del rio,
que en inquieto desvario
suspiraban al pasar:.

las olas bravas del Plata,
que, coronadas de espumas,
van, entre velos de brumas,
como ondinas sobre el mar.

Y á mi alma descendia,
abatiendo mi cabeza,
la noche de la tristeza,
de la tristeza fatal;
y con sus dudas en vano
luchaba mi pensamiento,
como lucha el mar violento
con el récio vendabal.

La luna enorme, bruñida
como un espejo de plata,
su luciente catarata
sobre el cielo desató;
y con sus trémulos rayos
de luz y nácar formados,
rios, colinas y prados,
desde el cielo acarició.

Y dije á la estrella de oro
que tímida aparecia:
«Dad á mi noche su dia;
brillad, estrella, brillad!»

Y al cometa que el espacio
cruzaba inquieto y errante:
«Sobre mi cielo un instante
pasad, cometa, pasad!»

Y á las flores entreabiertas
por la feraz primavera:
«¡Dadme el perfume siquiera!
¡dadme el aroma, nó mas!» . . .
Y los astros, y el cometa,
y las flores que llamaron
mis anhelos, murmuraron
con voz lejana: ¡jamás!

Para mi alma abatida
habia sólo el ropaje
de la tiniebla salvaje,
que en sus brazos me envolvió;
para el corazon enfermo,
solo espinas y dolores,
porque el eden de sus flores
sólo un momento vivió!

Y en vez del astro soñado,
en vez de la flor buscada,
de la ilusion disipada,
del infinito placer,—

apareció en el ramaje,
sobre la grama estendida,
de raso y oro vestida,
la forma de una mujer.

Color del ébano puro,
su renegrido cabello
caía sobre su cuello
como el torrente en el mar;
y á la sombra siempre inquieta
de sus pestañas tendidas,
sus ilusiones dormidas
sentíanse palpitar.

Y despertaron las flores,
y las estrellas del cielo,
que hasta las sombras del suelo
parecian descender;
y penetró en las tinieblas
del alma llena de enojos,
con el fulgor de sus ojos
el amor de esa mujer!

—

Y ella me dijo con la voz del ángel:
«Poéta del dolor y la amargura,
«¿qué es lo que buscas en la noche oscura?
«¿dónde tus pasos vacilantes van?...
«Levanta la cabeza entristecida;
«abre tu ardiente corazon al mio;
«tu corazon, revuelto, como el rio
«que encrespándolo azota el huracan!

«El lirio ha reclinado muellemente
«sobre el tallo gentil que lo cautiva,
«su corola de nácar, pensativa
«por un secreto y lúgubre pavor;
«y las aves alegres de la selva,
«en la tranquila soledad del nido,
«palpitantes é inquietas se han dormido,
«embriagadas de sueños y de amor!

«¿Por qué estás triste? ¿Qué dolor abruma
«tu pensamiento con enorme peso?
«¿En qué cadena el corazon opreso,
«muerto al amor y á la esperanza está?...
«Levanta tu cabeza entristecida;
«ábreme, sí, tu corazon ardiente...
«yo borraré las sombras de tu frente,
«y animaré tu pecho muerto ya!

Y le dije: «Viajero sin reposo,
«no he saciado un instante en mi camíno
«esa sed infinita, que el destino,
«para martirios al nacer me dió;
«errante como el ave que cruzando
«va el ancho espacio sobre el mar inmenso,
«así, sin rumbo, el arenal estenso
«de este mundo desierto cruzo yo!

«Donde busco la flor hallo la espina;
«donde busco la aurora hallo el abismo;
«y engañado por májico espejismo,
«corro en la sombra sin parar jamás!....
«Sueño, y mis sueños, mis dorados sueños,
«desvanecerse sin piedad los veo;
«alimento la llama de un deseo,
«sopla un viento....la apaga....y nada más!

«¿Hácia qué rumbo llevaré mis pasos?
«¿En qué ignorada y misteriosa fuente
«podré un momento refrescar mi frente,
«y mitigar la sed del corazon?...
«¿Hácia qué cielo llevaré mis ánsias,
«esas ánsias febríles del poeta,
«tremendo mar que eternamente inquieta
«la tempestad del sueño, y la pasion?..

Y ella me dijo: «Ven! ven y reclina
«sobre mi seno tu cabeza triste:
«nada en el polvo de la tierra existe
«que pueda consolarte como yo!
«Ven, y en mis brazos reclinado espera
«que surja, soñadora, entre sus velos,
«la aurora palpitante de los cielos
«que la noche al caer oscureció!

«Ven! Sólo recibiendo mis caricias
«vivirán tus inquietos pensamientos,
«y tus mas escondidos sentimientos
«espansiones al menos hallarán!....
«Yo cuidaré de tu palacio aéreo;
«yo velaré tu sueño; y tus suspiros,
«en magestuosos y serenos giros,
«á un cielo eterno al escaparse irán!

«El tremendo combate de la vida
«no clavará sus dardos en tus alas;
«tu cielo azul, con envidiables galas,
«se vestirá, poeta, sin cesar;
«y hasta el rumor del mundo alborotado,
«como el del cráter que rujiendo humea,
«no detendrá ni el vuelo de una idea!....
«Ven á mis brazos, y podrás soñar!

«Ven, que nos llama la brillante estrella
«que tras la cima de la verde loma,
«como una Venus, sonriente asoma;
«y nos llaman el pájaro y la flor;
«y la sombra del árbol jigantesco
«que alza la copa altiva en la llanura;
«y el rio caudaloso que murmura;
»y mi amor abrazado por tu amor!»

—

Y mudos, como los astros
sobre la capa del cielo,
en pos de aquel mismo anhelo
fuimos soñando los dos;
mientras las aves callaban,
mientras las flores dormian,
y los vientos repetian
una palabra de Dios!

Ella rizaba en mi frente
con sus dedos mis cabellos,
y jugueteaba con ellos
mirándome sólo á mí....

y cuando alzaba los ojos
y al cielo los dirijia,
no sé que voz me decia:
«¡Nuestra esperanza está allí!»....

Desde entonces busco siempre,
desahogando la tristeza,
la madre naturaleza
que sus encantos me dá;
y veo rodar bravias
las olas del mar profundo,
pensando como en el mundo
la vida rodando vá!....

Soledad del alma mia,
vén otra vez, porque el viento
que sacude el pensamiento,
ruje y sopla sin piedad!
Ven! y suenen en mi oido,
con el amor de otras horas,
tus voces consoladoras...
¡Envuélveme, soledad!...

Por un camino cubierto
de espinas, llevo mi paso....
desciende el sol al ocaso
con su régia magestad.

el mundo calla, y de sombras,
estremecido, se viste...
¡Estoy triste, sí, muy triste!...
¡Reanímame soledad!

1880

XXI

NOCTURNO

Al fin son tua!
Al fin sei mio!

Mas tierna que un suspiro,
en ondas armoniosas,
vibrando por los aires,
elévase tu voz;
y juega con la dulce
corriente de las notas,
que roban á tus sueños
su música mejor.

¿Qué voz presta á la tuya
su poderoso aliento?
¿En qué raudal bebiste
la ardiente inspiracion?

Eres mujer?—ó acaso
un ángel de los cielos,
que al mundo de las lágrimas
para cantar bajó?

No sé! pero en tu cuna
las hadas te mecieron,
y en tu virjínea frente
pusieron esa flor
que derramó en los dias
de tus febriles sueños,
perfumes inmortales,
la gloria y el amor.

Por eso cuando cantas
diciendo: *Al fin son tua!*
es mágico el acento
que anímase en tu voz;
y la armonía, rápida,
como saéta aguda,
vibrante como un rayo,
penetra al corazon.

Por eso cuando cantas
diciendo: *Al fin sei mio!*
yo siento en cada fibra
incógnito temblor;

y en su tropel fantástico,
mis pensamientos miro
como aves juguetonas
pasar en confusion.

Hermana de tu musa,
la musa que me inspira,
tambien verter quisiera
en versos su pasion:
decirte: *Al fin son tuo!*
decirte: *Al fin sei mia!*
con esa dulce música
de tu armoniosa voz!

XXII

LA COMPASION

Jóven, venturosa y bella,
lleva en el alma un tesoro:
la compasion es en ella
lo que la luz en la estrella,
y lo que el brillo en el oro.

La ví recoger amante—
llena de grave respeto,
pálido y triste el semblante—
del cuarto de un estudiante
los huesos de un esqueleto.

Y al ver cómo, en su inocencia,
por aquel despojo inerte
despertaba su clemencia,
maldije de la existencia....
y tuve envidia á la muerte!

Despues...! Despues he pensado,
que, con igual compasion,
aún puede alzar, reanimado,
este esqueleto olvidado
que duerme en mi corazon.

1881

XXIII

A ESMERALDA CERVANTES

ENVIÁNDOLE UN FOLLETO DE VERSOS

Cruzando el mundo y recojiendo flores,
has llegado del Plata á la ribera,—
hermana de los dulces ruiseñores,—
como llegan los pájaros cantores
á anunciar la galana primavera.

Al pié del arpa, y á beber su aliento,
van estos versos que mi lira entona,
mientras da mi agitado pensamiento,
al himno de tus glorias, un acento,
y una rama de mirto á tu corona!

Mayo de 1881.

XXIV

MONOLOGO

En vano buscan
algun oido,—
un alma tierna
que les dé un nido,—
mis armonías,
aves cansadas
que errantes van;
tempranas hojas
arrebatadas
en el tumulto
del huracan.

Nadie me escucha.
Mi pensamiento
tiernas estrofas
entrega al viento,
porque, incansable,
latiendo siente
mi corazon,
que arroja, altivas,
hasta la frente,
las turbias olas
de la pasion.

—

¿Qué soy? ¿A dónde
llevo mi paso?
Mi vida,—aurora,—
marcha al ocaso:
sueño la dicha
sueño la gloria;
sueño el amor;
y ¡ay! todo tiene
la misma historia:
vida de sueños,
vida de flor!

—

Si de otra un alma
es la armonia
¿cómo, entre tantas,
hallar la mia,
si, entre el estruendo
de las pasiones
que siento hervir,
nadie recoje
mis ilusiones,
que al cielo vuelan
para morir?

—

Soy como el ave
que canta sola;
como las flores,
como la ola,
que sólo sueñan
con su rumores,—
íntima voz:—
ave, sin nido;
flor, sin amores;
ola, sin playa;
alma, sin Dios!

—

Mitad del alma
que siento mia!
¡Cuándo la aurora
vendrá del dia
que te contemple,—
astro perdido,—
reaparecer;
y eterna seas
ángel vestido
con el ropaje
de la mujer.

——

O será, acaso,
que el Ser divino,
que dá á dos seres
igual destino,
huérfana y sola
sobre la tierra
mi alma arrojó;
y que, sin culpa,
triste, le cierra
las puertas de oro
que á otras abrió?

——

Nó! Yo he sentido
del alma hermana,
como un suspiro
de la mañana,
besar al mio
su pensamiento;
volar despues,
quizá me siente;
quizá la siento;
los dos callamos....
¡no sé cual es!

XXV

LA CIUDAD DORMIDA

Al resplandor de la luna,—
lágrima al cielo vertida,—
la ciudad, enmudecida,
bella está como ninguna.

Semeja, en su muelle cuna
lánguidamente tendida,
una paloma dormida
al borde de una laguna.

¡Siquiera jamas el sol
sus techos, en la mañana,
tiñera con su arrebol;

Y fuese en la noche quieta,
la melancólica hermana
de mis sueños de poeta!

Agosto 10 de 1881.

XXVI

¡ADIOS!

Á LA ARTISTA ARGENTINA

STA. ROSA NEGRI.

De estraños climas gallardas flores
con dulces cantos recojerás;
sobre tu frente sus resplandores
el sol del arte derramará.

Adios, cantares
de ruiseñor!
Ave del cielo,
Adios! Adios!

Verdes coronas de mirto y rosas
hadas sublimes te formarán;
y en tus edenes, las mariposas,
con alas de oro juguetearán.

Adios, cantares
de ruiseñor!
Ave del cielo,
Adios! Adios!

Adios, viajera de la armonia!
Muere en mi oido tu canto ya:
bajo otro cielo, su poesia
sólo otros séres escucharán!

Adios cantares,
de ruiseñor!
Ave del cielo,
Adios! Adios!

Adios estrella de la mañana,
que huir del cielo contemplo yá:
eres del alba fúlgida hermana,
y en pos del alba soñando vás!

Adios, cantares
de ruiseñor!
Ave del cielo,
Adios! Adios!

Adios! Mis sueños, mis ambiciones,
doquier que vayas te seguirán;
y aves sin nido, mis ilusiones
en todo cielo te buscarán!

Adios, cantares
de ruiseñor!
Ave del cielo,
Adios! Adios!

Agosto 1° de 1881.

XXVII

LA CUNA

Á LA ESPOSA DE MI HERMANO

La madre miraba
su niño en la cuna.
Rodaba en el cielo,
serena la luna;
y en alas del viento,
rozando las flores,
con flechas doradas,
los rubios Amores,
alegres cruzaban,
en rápidos giros,
ondeando en los aires
cual leves suspiros.

El niño dormia.
¡Qué sueño inocente,
abriendo sus alas,
velaba su frente,—
la frente que un rayo
del cielo colora!
¡Qué bien exhalaba
la flor de la aurora,
en ondas serenas
su pura fragancia!
¡Qué paz seductora
la paz de la infancia!

La madre miraba
su niño en la cuna;
absorta y amante,
feliz, cual ninguna.
Despues, en un dulce
sublime embeleso,
posaba en la frente
de su ángel un beso;
y el lienzo y pinceles
colgando en las flores,
copiaban el cuadro
los rubios Amores!

Julio 23 de 1881.

XXVIII

SOBRE UN CUADRO

—

ESCRITOS EN EL ALBUM DE UNA NIÑA

Con fecunda inspiracion,—
fiel discípula de Apeles,—
debe ser, y con razon,
no la idea, el corazon
quien maneja sus pinceles.

Inocente prisionera
de sus propios sentimientos,
pensando en la muerte fiera,
ha poco una calavera
circundó de *pensamientos*.

Angel, su mision cumplida
dejar no pudo mejor
que al cubrir, compadecida,
los despojos de la vida
con los *recuerdos en flor!*

Julio 20 de 1881.

XXIX

Recordar es vivir.

Recordar ....Recordar!....Esa es la vida!
Buscar la flor que del recuerdo brota,
y escuchar un poema en cada nota,
soñando la ventura que pasó;
alimentar la fé de la esperanza
con una chispa de la muerta hoguera,
y encender tus calores, Primavera,
cuando se siente helado el corazon!

Recordar!.... Recordar!.... Cada sonrisa
que me arrancara el alma en su contento,
animada del mismo sentimiento
vuelve al alma y al lábio á aparecer;
cada latido del amante pecho
vuelve á nacer dentro del pecho frio;
y al recordar el bien que tanto ansío
siento en la tierra mi mayor placer!

Yo escucho las palabras de su lábio,
más tiernas que el acento del suspiro;
sus negros ojos, su mirada, admiro;
la veo suspirar y sonreir;
aspiro los aromas que ella exhala,
siempre en la misma y virginal frescura,
como la esencia que la brisa pura
del seno arranca al temblador jazmin.

Veo brillar sobre su blanca frente
el pensamiento íntimo que asoma:
sueño de luz de cándida paloma
que aletea en el nido de su amor;
y el espíritu triste y abatido
envuelto entre la noche desolada,
ve nacer una aurora despejada
y levantarse fulgoroso el sol!.

¡Siempre es bello, muy bello, lo pasado!
Yo la veo surgir como una estrella,
dejando tras de sí fúlgida huella
de flores, de perfumes y de luz;
y el corazon desesperado espera
que torne realidad su fantaseo,
y saciando la sed de su deseo
alzar las flores y dejar la cruz!

Ver el ángel de paz tejer risueño
con rosas y jazmines su corona;
oir el himno que el cariño entona,
temblando de contento el corazon;
el alma hallar que viva con el alma,
como la ola con la espuma unida,
y subir á los cielos de la vida
con las alas benditas del amor!

Oh! dejadme soñar! .... Que su recuerdo
reanime con cariño en mi memoria
de todos sus encantos esa historia
tan sencilla, y tan grata al corazon;
que pueda contemplarla; y su mirada—
sonriente vision de cada instante—
envolviéndome en éxtasis amante
desahogue en mi pecho mi pasion.

Oh! dejad que me envuelva para siempre
la luz eterna de mi eterno cielo;
que la paloma del celeste vuelo
me cubra con sus alas de jazmin;
dejad que piense con mi bien á solas;
y que el alma en sus íntimas delicias
sienta aún el calor de sus caricias! ....
¡Recordar es vivir!

XXX

OTOÑO

De la flexible rama
que mece el tierno nido
las verdes hojas lleva
lijero el torbellino,
y cruza la llanura,
y pasa sobre el rio,
alzándose y hundiéndose
en caprichosos giros.

La alegre golondrina
huyó dejando tristes
el rancho y la arboleda
que ya no le sonrien,

y que estremece ahora
el viento cuando jime
y cruza lamentando
sus dias mas felices.

Parece que los cielos
se alejan de la tierra,
y que en la densa noche
las tímidas estrellas
y la plateada luna
llorosas se perdieran,
porque entre flores muere
la dulce primavera.

Parece que la espuma
risueña de las olas
cantara sus pesares
con sollozantes notas,
porque ¿traerán de nuevo
tan puras las auroras
la luz que se quebraba
sobre las quietas ondas?...

¿Por qué será que huye
la vida que mezclara
perfumes y sonrisas
al despertar el alba?

¿No dará Dios aliento
al cielo en que agitaban
los pájaros amantes
sus sueños y sus alas?...

Naturaleza madre,
¡qué triste es el poema
que en el inmenso libro
de lo creado enseñas!...
Si algo en la tierra nace
es fuerza que eso muera;
si algo en la tierra vive
es fuerza que perezca!...

Nosotros ¿qué seremos?...
A nuestras ilusiones,
á nuestras esperanzas,
el porvenir ¿qué esconde?....
¿Dará sólo una tumba
á la ansiedad del hombre?
Y á la esperada aurora,
¿dará la eterna noche?

¿Del polvo de la tierra
alzados por el viento
en esta humana forma,
al polvo volveremos?...

¿Y nada mas que polvo
serán los pensamientos
que en tempestad de ideas
sacuden el cerebro?....

Oh, nó!... que la llanura
que inmensa se dilata
verá nacer de nuevo
sus sábanas de grama;
de nuevo sobre el cielo
juguetearán las alas.....
y mas allá del cielo
revivirán las almas!...

No muere lo infinito
que el corazon alienta;
no mueren esos mundos
que bullen en la idea,
y si está triste el dia,
si están las hojas secas,
¿qué importa,—si es el alma
la eterna primavera?...

Abril 26 de 1880.

SEGUNDA PARTE

UN LIBRO DE AMOR

INTRODUCCION

En desórden, cual flores desprendidas
del árbol triste que el invierno agóbia,
como ramo deshecho y olvidado,
y con fragancia aún, hallé estas hojas.

Legado son de un infeliz poeta,
que, ansioso de la luz, murió entre sombras:
fúlgido sol que descendió al abismo
al sonreir de su primer aurora.

Lector, yo te las doy. Son el poema,
puro y sencillo, del amor que brota:
rumor de besos y vapor de lágrimas;
brillar de estrellas; suspirar de notas.

No encierran el estruendo de la orgia,
ni el vapor humeante de sus copas:
como el aroma de las frescas flores,
es inocente y virginal su aroma.

El amor es un templo,—y el poeta,
que en él su canto de alabanza entona,
antes que profanar su altar sagrado
dejaria á su puerta el arpa rota!

I

La copa está rebosante,
llena de amor, de pasion,
y entre el néctar humeante
late el débil corazon.

Ella espera, en su retiro,
la vírjen, que, al acercar
sus lábios, con un suspiro
la haga al punto derramar.

II

Ciñendo mi brazo su lánguido talle,
rozando mi frente su cuerpo gentil.
VALS. *Eusebio Blasco.*

El calor de tu pecho evaporaba
del febril corazon sueños sin cuento,
y, al acercarse al mio, hubo un momento
en que hasta sus latidos escuchaba.

¡Qué bien tu grácia á tu belleza ornaba!
Aun el fulgor de tu mirada siento,
cuando,—ahogado mi pecho en sentimiento
entre tus negros ojos la buscaba!

¡Qué ignorada y celeste melodia,
tu lábio, en una voz que era un suspiro,
en tu amante palabra desprendia!

Ah! lleno de esperanza y de consuelo,
creí, en la rapidez de cada giro,
embriagado de amor subir al cielo!

III

¿Le diré que la amo? ¿que la quiero?
¿Le diré que su amor es mi locura?
¿Le diré, desahogando mi ternura,
que á todo cuanto existe la prefiero?

¿Le diré que he pasado un año entero
enlazando en mis sueños de ventura
mi alma ardiente con su alma pura,
mi amor inmenso con su amor primero?

Le diré de las veces en que el cielo
me vió pasar las noches pensativo,
presa mi alma de tenaz desvelo?...

Mas ¿cómo hablar?... Tanto pudor inspira
su casto amor al corazon cautivo,
que entre los lábios la palabra espira?

IV

—

Soñé, que entrelazado
tu brazo con el mio,
en un espeso bosque
vagábamos perdidos
oyendo por los aires
el canto de los mirlos,
del viento de la tarde
los tímidos suspiros
que á las nacientes rosas
cantaban mil idilios,
y el ruido de las hojas
que en raudo torbellino,
caidas de las ramas
en que se mece el nido,
cruzaban, envolviéndose
en caprichosos giros.

Soñé, que murmurando
mis quejas en tu oido,
sentía que agitaban
tu pecho los latidos
del corazon, que envuelto
en éxtasis divino,
temblando hasta en tus lábios
juraba que era mio!...
Y así,—como dos olas
que lleva el mismo rio,—
mezclamos, bajo el cielo
sereno y estendido,
ensueños, esperanzas,
y anhelos infinitos:
sonrisas de las almas;
espumas del cariño!....

V

¡Cuántas veces, feliz, por mi lado
la miro al pasar!
¡Cuántas veces la veo alejarse,
con triste pesar!

Sus ojos me miran, y miran mis ojos
en ellos su bien;
mi lábio sonrie, y el lábio que adoro
sonrie tambien.

Su pié diminuto se afirma en el suelo
con vago rumor;
parece en el lago, flotando, una nube
de ténue vapor.

Perfume, armonias celestes, va ella
    dejando trás sí;
perfume, armonías, que dicen al alma:
    « ¡ No olvides de mí ! »

¡ Cuántas veces, feliz, por mi lado
    la miro al pasar !
¡ Cuántas veces la veo alejarse
    con triste pesar !

VI

—

Negra, aseméjase al cielo
su pensativa pupila;
al cielo, cuando vacila
la alba luna entre su velo,
y en rayos tristes desata
su cabellera de plata
sobre la noche tranquila!

VII

Me dice la razon : « Deja tu pluma;
no te acuerdes de ella : no te ama!»...
Y el corazon de pena se me ahoga,
y cae en el papel, muda, una lágrima.

Pensando qué decir, sobre la mano
sostengo la cabeza reclinada,
y escribo, sin fijarme y con tristeza,
una vez y otra vez : *ingrata! ingrata!*

VIII

— —

La noche está bellísima; los cielos
cruza la luna, temblorosa y pálida;
la selva muda y la ciudad dormida
con el silencio de la noche callan.
El viento se detiene en la llanura;
el ave de los cielos, en las ramas;
en la pálida flor, la mariposa;
sobr e la roca gigàntesca, el águila;
y apenas se oyen murmurar los vientos;
y apenas se oyen suspirar las aguas.

Solo con el recuerdo que le sigue;
acariciando sueños de esperanza;
sintiendo los latidos en su pecho
cual si batiese el corazon dos alas;
álguien cruza, fantasma de la sombra,
al pié de la arbloeda solitaria,
buscando la quietud en el silencio,
en su pasion pensando y en su amada:
tú, que sabes quien es, que le conoces,
¡oh, mi bien adorado! dí ¿le amas?

IX

Ayer la ví pasando; la ví en la calle.
Acompasado el paso, gracioso el talle,
el rostro sonriente como la aurora,
estaba, más que bella, deslumbradora.
Al pasar por mi lado, sus labios rojos
para volverme loco se dieron mañas,
y una mirada suya turbó mis ojos,
desde la sombra inquieta de sus pestañas.
Estraña en ese instante fuéme la tierra;
sentí en el alma goces que aún encierra;
ví luces misteriosas que me ofuscaron;
astros, ángeles; cielos, que á mí bajaron.

Como levanta al lago ténues vapores
del sol el rayo ardiente del mediodia,
dichas nunca sentidas, sueños de amores,
levantó su mirada del alma mia.

Ondina cuando surje del mar que duerme,
ella con su encantos logró vencerme,
y en vano con mis ruegos quise atraerla:
rápida fué pasando; dejé de verla ...
y perdióse del cielo triste del alma,
cual si cayendo nítida al mar en calma,
hundiéndose en las olas, fuese una perla!....

X

Será feliz mi vida, cuando el pecho,
gozando en su pasion,
de nuestros corazones haya hecho
un solo corazon.

Y pueda,—entre la ola del cariño
arrastrados los dos,—
doblegarme á tus plantas como un niño,
y amarte como un dios!

XI

Como de frescas violas se hace un ramo,
y de nítidas perlas un collar,
quisiera hacerte de mi amor un libro,
enlazando un cantar á otro cantar.

Mas ¿cómo hacerlo?—Páginas iguales,
la misma historia, sin cesar me dás:
un alma ardiente que te quiere mucho,
y que espera . . . ¡que espera y nada más!

XII

—

Ah! si pudiera hablarle le diria:
«Ven, que el tormento del amor concluya!
y sean, comprendiendo su armonia,
el alma mia eternamente tuya,
y el alma tuya eternamente mia!»

XIII

—

Su amor es como el astro,
que, en pleno mediodia,
sobre la azul esfera
sus rayos irradía;

Su amor es la sonrisa
de un cielo de esperanza,
que el alma en sus pesares
á columbrar alcanza;

Su amor es el aliento
fecundo de la vida;
la lámpara dorada
sobre ella suspendida;

Su amor es una nota
del colosal poema
que teje con estrellas
su espléndida diadema.

XIV

—

Despierta, tiemblo al mirarte;
dormida, me atrevo á verte.
G. A. Becquer.

A estas horas en que velo,
nádie, nádie velará;
en su aposento, tranquila,
ella tambien dormirá.

Dormirá. De sus pestañas
los negros arcos caerán,
y en un crepúsculo intenso
sus ojos envolverán.

Dormirá, como en mi pecho
el recuerdo de su amor:
¡dulce paz de la esperanza!
¡casto sueño de la flor!

Dormirá, y será mas bella
que canto pueda existir....
Ah! quién pudiera, un momento,
verla soñar y dormir!

XV

—

¿Podré acaso dudar? Jamás! Tu lábio,
vaso de aromas, no podrá mentir;
y si es verdad lo que tu lábio dice
¡dulce sueño vivir!

XVI

Mírame! . . Sus caricias en el alma
vierta el fecundo sol de tu pupila;
la vida sin tu amor, ola sin calma,
sobre un abismo sin confin vacila!

Mírame!. . . Que tus ojos la ventura
verterán en los sueños de la idea,
si en tus miradas el amor fulgura
como la estrella en el zenit chispea!

Mírame!.. Para que ame ese tormento
con que el maldito corazon me aqueja:
empeñado en quererte, ni un momento,
si no me miras, de quietud me deja!

Para que, remontándome á otra esfera,
pueda olvidar las penas de este suelo,
como olvida, en la flor, la primavera
al crudo invierno, si sonrie el cielo.

Para que del amargo escepticismo
surja la fé en el sueño del poeta,
como surje del seno del abismo,
entre velos de luz, la aurora inquieta.

Como surje la luna, rutilante,
encandecida en invisibles fráguas,
y Vénus, voluptuosa y arrogante,
desde el fondo revuelto de las aguas

Mírame, sí! ... Mis dudas, mis enojos,
sola en el mundo á disipar alcanzas,
mientras me miran con amor tus ojos
y hacen nido en su luz mis esperanzas!

XVII

—

Las páginas abiertas
y la frente inclinada, de la lámpara
á la luz encendida, logré verte
por el límpio cristal de la ventana.

Leias; en tus ojos
parecia vagar tímida el alma,
llena de melancólica tristeza
como el sol que se mira en una lágrima.

Tu pensamiento en torno
trémulo hacía palpitar las alas,
como la luz del astro suspendido
del cielo en que clarea la mañana.

Yo comprendí el secreto,
y dije, renaciendo en mi esperanza:
¡ Qué resplandor tan puro el de la estrella !
¡ Qué sonrisa tan bella la del alba !

XVIII

Escucha... perdona...mi pecho se ahoga...
perdona mi bien;
al mal que yo siento ninguno resiste....
¡Mi mal es querer!

Perdona...tú tienes la culpa...tus ojos...
tus ojos que dán,
en vértigo suave, caricias del alma...
tus ojos, nó mas!

Perdona...mil veces, muy quedo, en tu oido
quisiera decir,
mostrando del alma los tiernos anhelos:
«¡Suspiran por tí!»

Mil veces mi mano tu mano adorada
quisiera estrechar;
mil veces mi lábio temblar en tu lábio...
¡Mil veces, y mas!

Pero ¡ah! que en mis sueños apenas te puedo,
feliz, adorar;
sabiendo que amo diríanme loco...
¡Maldita la edad!

¡No importa!...Tejiendo palabras y estrofas
consuelo hallaré.
¿Qué arranque del alma tu amor y te olvide?
¡Jamás lo podré!

En tanto, si, á veces, pasando á tu lado
me llegas á ver,
turbado é inquieto, temblando...¡Perdona!...
¡Mi mal es querer!

XIX

—¿Quién eres, sombraque cruzó mi sueño?
—Sombra, lo has dicho ya!
—¡Qué bello es tu semblante! ¡Qué risueño!...
—Para tí siempre está!

—Eres como el reflejo de la estrella
que acaricia la flor.
¿Qué es lo que tienes hoy que estás tan bella?
—¿Qué es lo que tengo?...¡Amor!

—¿Amor?...y atravesando por mi frente,
¿qué es lo que buscas? dí,
perla del mar, con ese amor luciente...
—¿Qué es lo que busco?...¡A tí!

XX

Nacian los jazmines y azucenas,
la esbelta rosa, el tulipan gentil;
las aves en los bosques; y en las aves
la armonia sin fin.

La brisa perfumada, en la llanura;
luz mas pura, en los astros de zafir;
noches serenas en el límpio cielo...
¡ilusiones en mí!

Nacia la belleza de los ángeles,
en ella toda, con igual candor;
en sus ojos, el fuego de la vida
como el fuego del sol;

En su fresca mejilla, los colores
que el cáliz guarda en la naciente flor;
ternuras infinitas en su alma...
¡en la mia su amor!

XXI

Mi vida, en mis tristezas
  tengo un consuelo:
vivimos bajo el manto
  de un mismo cielo,
y el sol, alzándose,
  á un tiempo alumbra
tu aureola de sueños
  y mi penumbra.

Y el alma, que los cielos
  recorre ansiosa,
olvidando sus penas,
  tiembla gozosa,
si en la luz de una estrella,—
  reconcentrada,—
cree ver una chispa
  de tu mirada.

XXII

La beauté c'est le front, l'amour c'est la couronne:
Laisse toi couronner!

V. Hugo.

Sonrisa del cielo, rubor de la aurora,
tu fresca mejilla, tus lábios, colora,
y asoma á tus ojos celeste candor....
¿No quiéres que sea feliz y te ame?
¿No quiéres que el suave perfume derrame,
del pecho que tiembla, la cálida flor!

Las horas, los dias, los años... tú sabes
que llevan el vuelo veloz de las aves
que, léjos del nido, buscándolo van...
Ven pronto!....Mi pecho y el tuyo se quieran!
Mi vida, te amo! Mis brazos te esperan!
Mis lábios llamándote secos están!

XXIII

Hace el placer de un rey el poderío;
el placer de un avaro, la riqueza;
el del guerrero, su renombre...¡Error!...
Yo, para ser dichoso, solo ansío
un perfil de tu espléndida belleza,
un rayo de tu amor!

XXIV

En ondas, sobre tu espalda,
cae tu sedoso cabello,
como luciente guirnalda
rodeando tu hermoso cuello.

Brilla en toda tu belleza,
de tu vida fresca esencia,
como una flor, tu pureza,
como un astro, tu inocencia.

Tu sonrisa, apasionada,
cruza entre tus lábios pura;
y en tus ojos, la mirada
como en un cielo fulgura.

Tus ojos!...ese portento
en que tu alma se anida,
tesoro del sentimiento,
fuente de luz y de vida!

Niña, por tí arrancaria,
para brindarte con ellas,
la luz de la aurora, al dia,
y á la noche, sus estrellas.

A la selva sus murmullos;
todo el perfume á las flores;
á las aves sus arrullos,
las notas de sus amores;

Sus suspiros á la brisa
que cruza rápida el llano;
á los cielos, su sonrisa,
su grandeza, al océano;

Al espacio, que se admira,
de cuanto encierra la palma;
todo su acento á mi lira;
todo el amor á mi alma!

XXV

¡Vivir!... Vivir contigo!...¡Dulce sueño!...
Sufrir, si es que la vida
á inclinar la cabeza nos condena;
si el mónstruo de la pena,
abriéndonos la herida,
vierte en ella la hiel de sus dolores!
Gozar, si nos sonrie la esperanza;
si el espíritu alcanza
á ver, en los lejanos horizontes,
tras las selvas, los valles, y los montes,
palpitando el placer que nos espera
para templar del mundo los ardores,
como una primavera
ébria del amor y coronada en flores;
y pasar, con sus goces, sus anhelos,
la vida envuelta en deslumbrantes velos,
bajo la sombra de risueños lares,
sin penas, sin martirios, sin pesares,
como pasa la estrella de los cielos
sobre la ola inquieta de los mares!

XXVI

¿Quién me despierta? ¿Quién en estas horas
viene á turbar mi soledad callada?
¿Quién pronuncia mi nombre en las tinieblas?
¿Qué quieren? ¿Quién me busca? ¿Quién me llama?

Ah! me olvidaba! El corazon enfermo,
triste en el pecho se resiente y habla...
¿Que sacarás con tus eternas quejas?...
¡Oh, pobre corazon! duérmete y calla!

XXVII

Yo me inspiro en la luz de tus miradas,
tan hondas como el cielo y como el mar,
tan bellas como el alma de ese mundo
que vive de soñar.

Yo me inspiro en las dulces armonías
que entrelazan las notas de tu voz,
cuando, á solas, en éxtasis amante,
conversamos los dos.

Yo me inspiro mirándote tan bella,
tan inocente y pura en el placer,
con ese aroma que á dudar me inclina
si eres flor ó mujer.

Hoy vives solo en mi febril recuerdo;
huiste como el sol, como la luz;
hoy nada sé de tí; nada, Dios mio !...
y me inspiras aún !

XXVIII

En el pasado, como en una tumba,
mira el Amor ya muerto;
con pálidos jazmines adornado
está su negro féretro.

Mira rotas las flechas con que alegre
jugaba por el cielo;
con que al mirarnos, juntos y amorosos,
clavaba nuestros pechos.

Pálido está el semblante, y en los rizos
de su rubio cabello,
prendida la corona de azahares
de los ángeles muertos.

En torno á su cadáver solo reina
la noche y el silencio;
de pié sobre la cruz! huésped maldito!
está el pájaro negro.

Descendamos al fondo de esa tumba;
bajemos, sí, bajemos;
y devolvamos al Amor, bien mio,
la vida con un beso.

Como las de Jesus, nuestras palabras
levantarán el muerto....
Amándonos como antes, abrazados,
bajemos, sí, bajemos!

TERCERA PARTE

NOCHE

I

8 DE SETIEMBRE

La muerte,— ese fantasma
que arroja en el osario
el cuerpo que derriba,—
mostró su rostro pálido
en este hogar que un tiempo
fué el nido sosegado
como el que el ave esconde
sobre los altos álamos.

El sol, lánguidamente,
hundió su último rayo;
sus tímidos reflejos
llorosos se eclipsaron;
la nube abrió sus alas
cual gigantesco pájaro...
y el mundo quedó envuelto
por fúnebre sudario!

Y solos en la noche
desierta,—desolados,
como en un mar sin playas,
sin una tabla, el náufrago,—
aquellos que la vida
del cuerpo aún llevamos,
vertimos en un dia
todo el raudal del llanto.

¿Pero ELLA?.. ¡Ah! ¡Quién sabe
qué límite ignorado
separa aquella vida
de la que aquí llevamos!
¡Quién sabe hácia que rumbo
su pátria fué buscando!
Aquella eterna pátria
que bendecimos tanto!

Al cielo, entristecidos,
cruzando nuestras manos,
velada por las lágrimas
la vista levantamos,
para encontrar siquiera
un luminoso rastro...
y el cielo indiferente
sus huellas ha borrado!

Los brazos estendidos
sobre este suelo árido,
en vano desde el fondo
del pecho la llamamos!...
La tierra no responde!...
El mundo está callado!...
La voz, sin eco, apágase,
y dóblanse los brazos!

Oh, no! no la busquemos
aquí donde lloramos;
su mundo es otro mundo
mas grande que este páramo;
su vida es otra vida,
sin nubes, sin ocaso....
¡Quizá la entristecemos
con nuestro amargo llanto!

Miremos á la estrella
que ábrese soñando
sobre la estensa bóveda,
con luminosos rayos....
Es la dorada puerta
adonde todos vamos
para dejar al polvo
nuestro ropaje helado!

II

¡Oh! Siquiera del sueño me envolviesen
las invisibles alas,
para olvidar, soñando con lo eterno,
mi duelo, mi desgracia!

Y contemplar la luna, con su séquito
de estrellas nacaradas,
sobre un cielo estendido como un manto
de transparente gasa!

Y ver un ángel, reclinado al borde
del abismo del alma,
que hablase, consolando mis pesares,
de la eterna esperanza!

Y tú,—bajando en vaporosas nubes
de tu celeste pátria,—
flotases en la atmósfera que bebe
el vapor de mis lágrimas!

III

EXELSIOR

En los frios cristales
golpea el agua,
y zumba airado el viento
en las ventanas;

Velado por las nubes,
sigue su marcha
el sol sobre su carro
de oro y de nácar;

El pájaro abatido
tiembla en las ramas—
¡las ramas sacudidas
por la borrasca!

De las flores caídas
las hojas pálidas,
el huracan furioso
lleva en sus alas !....

Pero ¡ ah ! sobre las nubes
un ángel pasa,
alzando, de rodillas,
una plegaria;—

Y sobre el récio embate
de esta batalla;
sobre las negras olas
que nunca acaban;

Sobre la ardiente arena
que nos abrasa;
sobre la enhiesta roca
de la montaña;

Nos muestra con el dedo
aquella patria,
tan bella, tan distante,
y tan soñada !

IV

CONSUELO

Puede el dolor lo que no puede el cuerpo;
puede la mar lo que el bajel no puede;
ay, de la fuerte robustez del hombre!
ay, de la vida!

Copo de espuma de risadas olas
que el viento agita y que la arena enturbia,
nace á la luz del luminoso cielo,
brilla y se apaga!

Pero ¡ ah! que el cuerpo del mortal que sufre
jóven el alma en sus dolores lleva,
como los cielos en la triste noche
llevan los astros!

Sobre el confin del horizonte, erguido,
sol sin ocaso, es la virtud sin mancha,
sol sin ocaso, es el amor sin límites,
cielo sin nubes!

Sácie su sed el mísero ropaje
que nos vestimos al cruzar el mundo,
¿no lleva acaso el corazon del hombre
fuego celeste?....

Astro es el alma que vivir sentimos;
astro en la régia plenitud del dia!....
Sombra ¿qué quieres de nosotros?.. ¡Véte!
¡Vén, Esperanza!

V

EL BUHO

Soñando estaba en mi suerte
y un grito me despertó,
áspero, tétrico y fuerte....
y el negro buho pasó
como una sombra de muerte.

Aquel pájaro maldito
rozó con su ala el cristal;
dió á la noche un nuevo grito
y el silencio sepulcral
bajó desde lo infinito.

Como un sudario estendía
la noche el negro crespon;
la atmósfera estaba fria;
miré hácia mi corazon,
y ví que ya no latía!

¡Ni una esperanza siquiera!
¡Ni un solo rayo de amor!
¡Ni un soplo de primavera!
¡Ni un perfume, ni una flor!
¡Ni una estrella pasajera!

¡Dolor, nó mas! El vacío,
la sombra, la soledad;
y penas que en desvarío
combatian sin piedad
como las olas de un rio!

Hablé! Llamé á la dormida,
ó ya deshecha ilusion
que ántes me hizo amar la vida....
y el éco en el corazon
triste anunció su caída!

¿Qué se hicieron mis anhelos?
¿Qué mi entusiasmo y mi fé?
¿Qué fueron de aquellos cielos?

De mi esperanza ¿ qué fué ?....
Duelos solo ¡ solo duelos! ....

Por la ventana entreabierta
otra vez miré pasar
el buho que me despierta....
y parecíame notar
que la tierra estaba muerta !

VI

EN LA PUERTA DEL CIELO

Ella murió. Su cuerpo allí reposa;
su alma, llamó, al dejarlo, á aquella puerta
donde todos iremos,
libres de la cadena,
que, como á Prometeo, nos retiene
sobre la áspera roca de la tierra.

Un ángel, de ojos azulados, puros
como el rayo de aurora que clarea
de los lejanos montes
en la nevada cuesta,
con rubios rizos y doradas alas,
la esperaba al umbral de aquella puerta.

Era mi hermana, mi primer hermana,
á quien no conocí sobre la tierra....
ELLA le abrió los brazos,
regocijada, al verla,
¡y la estrechó con emocion dulcísima,
cual otro tiempo la estrechaba muerta!....

VII

LA FLOR DE LAS TUMBAS

Dije á una flor, nacida junto al borde
sombrío de una tumba:
—« ¿ Por qué escojiste, flor entristecida,
tan áspera fortuna ? »

Y ella abrió la corona de sus pétalos
sobre la piedra dura
que custódia ese sueño de la muerte
que no despierta nunca,

Y dijo, con la voz de su perfume:
—« Aquí brilló mi cuna
« para llorar el alma que se aleja
« siguiendo aquella ruta . . . .

« Aquella ruta que los astros marcan
« sobre el ala nocturna,
« como collar de perlas, desprendido
« del seno voluptuoso de la luna ! »

VIII

—

La vida llena de angústias
y el cielo lleno de estrellas....
¡Qué inmensurable distancia
hay desde el cielo á la tierra!

IX

EL ARPA

De las ramas de un sauce
pendía un arpa,
á la orilla de un rio,
abandonada.

Nadie, nadie sabia
quien la colgára,
y las tímidas gentes
la respetaban.

De noche—cuando el viento
triste zumbaba,—
gemian en las cuerdas
voces estrañas.

Yo conocí un anciano
que me contaba
haber visto una sombra
como un fantasma,

Deslizarse hasta el sauce,
ríjida y pálida,
cuando el mundo dormia
y ella velaba.

Que contaba sus penas
¡ penas amargas !
y que solo las notas
la consolaban.

Y al escuchar historia
tan desgraciada;
al ver rotas las cuerdas
que murmuraban;

Pensé que en esta noche,
triste y callada,
de las ramas del sauce
pende mi arpa !

X

DESPERTAR

A la orilla del rio,
bajo el sauce que llora
inclinando sus ramas al alegre
juguetear de las olas,—

Llevo errante mi paso
sin que el rumbo conozca,
buscando algun consuelo que disipe
mis tristisimas horas.

Llegando hasta mi oido
la queja de la tórtola,
parece estremecer entre los árboles
á las nacientes hojas.

Sobre las tiernas flores
de balsámico aroma,
dejándose mecer, lijera el ala
vagan las mariposas.

Del tronco carcomido
un retoño que brota,
dice, luchando en su existencia débil,
con la cáscara añosa:

«La tumba es una cuna;
la muerte es una aurora»....
y el tronco carcomido se estremece....
y un beso misterioso abre las hojas!

XI

—

Vengo de visitar el cementerio
en que duerme mi madre.
¡Qué silencio hay allí! ¡Cómo suspira
el viento de la tarde!

La madre-selva trepadora abraza
el tronco de los árboles
que sombrean la losa del sepulcro,
y las desiertas calles.

Yo no temo á los muertos, ni á las flores
que entre las tumbas nacen....
¡Qué silencio hay allí! ¡Cómo suspira
el viento de la tarde!

XII

AURORA

—

He visto levantarse
del seno de la nube enrojecida,
orlada su cabeza por el fuego,
el astro rey del dia,
y atravesar en la azulada esfera
sobre el mar, y la tierra aún dormida.

En los sueños que Grecia
forjó en la mente,—creacion divina,—
he sentido rodar el pensamiento;
y he visto, tras la cima
de los lejanos montes, cómo Apolo
en su carro triunfal lento subia!

XIII

EL ANGEL

Tengo sobre la mesa,
fundido en bronce, un ángel con las alas
abiertas y estendidas, que parece
que los cielos tocaran.

Escribe. Pensativo
inclina la cabeza, y en la pájina
se contempla en silencio, reposando
su cándida mirada.

Cuando tomo la pluma
para formar estrofas de mis lágrimas,
él consuela mis penas, estas penas
tan tristes, tan amargas!

¡Un ángel escribiendo!
¡Qué poema inmortal habrá en sus páginas
¡Quién pudiera leer lo que ellas dicen!
¡Quién tuviese sus alas!

XIV

Cubierta de rocio,
abierta con el alba,
una fragante rosa, entre las hojas,
llorando despertaba.

¡Oh juventud! hermoso
despertar de las almas,—
tambien dejan caer sobre tus sueños,
su rocio las lágrimas ¡

XV

—

Queria despertar, porque mis sueños
eran como una horrible pesadilla;
froté con fuerza los dormidos párpados
para mostrar la luz á mis pupilas;
pero ¡ay! hallé la realidad mas triste,
mas negra, mas horrible todavia!

XVI

Vamos todos arrastrados
por un vértigo fatal,
como las olas de un rio
van arrastradas al mar.

Serpiente de mil anillos
está en acecho el dolor,
que á cada paso nos ata
con mas fuerza el corazon.

En cada pecho clavado
su dardo punzante está,
y su veneno maldito
no cesa de derramar,

De este camino sombrio
muchas veces huye el sol,
las nubes tétricas pasan
como un pájaro veloz.

El mar azota la roca,
la roca resiste al mar;
el bien con el mal combate,
pero siempre triunfa el mal.

La dicha es una mentira;
los sueños mentira son;
sobre el desierto del mundo
no brota una sola flor!

¡Vamos todos arrastrados
por un vértigo fatal,
como las olas de un rio
van arrastradas al mar!

XVII

—

Mirad! Huyen las nieblas,
y un astro resplandece
rompiendo con sus rayos
la negra oscuridad;
el huracan se agita,
la nube se estremece,
y un ángel pasa rápido
allá en la inmensidad.

Aquí está la tristeza,
allí está la alegria;
aquí, en acecho, el ódio,
allí, luz, el amor;
aquí está la tiniebla,
allí el eterno dia;
aquí brota la espuma,
allí nace la flor.

XVIII

—

Dormid, cenizas, del triste
cementerio;
la noche al mundo reviste
de misterio.

Dormid, despojos amados
de la vida,
astros que deja apagados
la caida.

Dormid, dormid, polvo santo,
polvo inerte,
que cubre el helado manto
de la muerte.

La noche al mundo reviste
de misterio.....
Dormid, cenizas, del triste
cementerio!

Solo el alma luce bellas
blancas galas,
y cruza rozando estrellas
con sus alas!

XIX

EL NIDO

Los dos, en su contento,
han hecho de su nido una delicia;
en él los mece el perfumado viento,
y la aurora, al nacer, los acaricia.

Alegres, juguetones,
de rama en rama, con inquieto vuelo,
arrancan del laud de sus canciones
los himnos de su amor, himnos del cielo.

A veces, en la oscura
prision de la enramada, dulcemente,
se vuelven beso á beso la ternura,
y nota á nota su pasion ardiente.

Llegaron cuando el frio
no escarchaba en el césped las lucientes
y tembladoras perlas del rocío,
ni el agua rumorosa de las fuentes.

Llegaron cuando el duelo
inclinaba abatida mi cabeza;
cuando al morir mi fé, mi último anhelo,
crepúsculo, no mas, fué mi tristeza.

Y mil veces su canto
dió alivio á mi agitado pensamiento,
y secó tantas gotas de mi llanto
como sombras borró del pensamiento.

Y su festiva nota
me hizo esperar consuelos en la vida....
la vida, nave abandonada y rota,
por olas y huracanes sacudida! ....

Hoy ensayan sus alas
los tiernos frutos que esperaron tanto....
¡Hoy el nido feliz está de galas!
¡Hoy repite la selva un nuevo canto!....

Venid, aves de estio,
que de notas poblais mi cielo mudo...
Vuestra es la luz, las flores y el rocio....
¡Primavera de amor, yo te saludo!

XX

LA INFANCIA

—

Oh! ¡Quién volver pudiera
al tiempo aquel de la niñez perdida,
y respirar la vida
de aquella primavera,
como un sueño veloz desparecida!

O al menos, esta senda
que ha sembrado el destino en sus enojos
de espinas y de abrojos,
cruzar con una venda,
con una venda, sí, puesta en los ojos!

Ah! cuánto horror me inspira
ver de mi juventud muertas las flores,
y el astro sin fulgores
que pálido me mira
desde el cielo sin fin de mis dolores!

Y cuánto sueño ardiente,
cuánta bella ilusion ayer formada,
diadema es ya olvidada
que no veré en mi frente,
en señal de mi dicha, colocada!

La copa misteriosa
reservaba en el fondo su veneno,—
y allí, bajo el sereno
capullo de una rosa,
una serpiente revolvia el cieno!

Oh! ¡Quién volver pudiera
al tiempo aquel de la niñez perdida,
y respirar la vida
de aquella primavera
como un sueño veloz desparecida!

XXI

INVIERNO

—

¿Qué se hicieron los puros resplandores
que en su fecunda luz el sol vertiera,
y aquella deslumbrante primavera
que cubria los campos con sus flores?

¿Qué, las aves pintadas y canoras,
que, trémulas de amores en sus nidos,
con sus voces alegres, sus chillidos,
saludaban al sol en las auroras?

¿Y la brisa serena que en estío,
como un ala de amor, veloz cruzaba,
y á cuyo soplo el trébol ondulaba
como las olas móviles del rio?

¿Qué se hicieron? No sé! Ya nada existe!
La sublime y feraz naturaleza
hoy vela el esplendor de su belleza
y calla muda, temblorosa y triste!

Han pasado tus dias, primavera,
y el balsámico aroma de tus flores,
y hoy queda entristecida la pradera,
encubierta de pálidos vapores!

Hoy se alejan, errantes por el cielo,
en busca del calor, las golondrinas,
dejando solo, en silencioso duelo,
las hojas secas y su nido en ruinas.

Adios, aves alegres! Adios, flores!
Vais donde el sol purísimo y ardiente
derrama sin cesar sus resplandores
y cruza los espacios sonriënte!

Le vereis otra vez, con lento paso,
atravesar los cielos que colora,
pero el sol que yo ví rodó á su ocaso,
y ya jamás contemplaré su aurora!

CUARTA PARTE

POESIAS DIVERSAS

LA SEVERA

LEYENDA HISTÓRICA

Al Sr. Gral. D. Domingo Faustino Sarmiento.

El que hoy presenta bajo otra forma el bello relato de la *Severa*, no pudo, despues de haberlo leído en su *Facundo*, resistir á la tentacion de ponerlo en verso. Ante todo, desea que esto no desagrade á Vd., de quien es grande admirador, en prueba de lo cual pone su nombre al frente de su pequeña obra.

E. E. R.

Marzo de 1881.

Señor D. Enrique Rivarola.

Mi estimado señor:

Con sus sentidos versos sobre la *Severa* he recibido la dedicatoria y las buenas palabras suyas con que la acompaña. Le daré á Vd. un gran gusto mostrándole que al escoger este tema para su poesia, obedecía á la inspiracion inédita del célebre poeta americano Longfellow. Al leer *Facundo,* me escribió dos palabras de congratulacion diciéndome: «qué bello asunto la leyenda de la *Severa,* para un poema titulado *Le Ruban Rouge!*» Dábale este nombre en francés, no sé por qué, leyendo y hablando admirablemente el castellano y siendo su lengua nativo el inglés. El elogio de sus versos de Vd. está en esta coincidencia. Sintió Vd. donde el gran poeta habia puesto el dedo: aquí está la poesía!—El pasó adelante. Vd. sondeó el abismo. Lo felicita cordialmente su affmo.

Sarmiento.

Marzo 14 de 1881.

I

¿Quién sondea el abismo? ¿Quién penetra
donde se abate el pensamiento osado?
¿Quién alcanza á ese límite ignorado
que con móviles ondas guarda el mar?
El corazon del hombre es un abismo,
océano sin playas conocidas,
do en vértigo revuelto, confundidas,
vénse las olas rápidas pasar!

Siempre golpeando dentro el pecho ¡siempre!
Siempre agitando la esperanza humana
con la bella sonrisa del mañana
y el recuerdo dulcísimo de ayer.
Siempre en contínua lucha, siempre altivo,
siempre indomable en su tenaz empeño,
siempre mezclando con la vida el sueño
que sube con las alas del placer.

No pregunteis por qué: ninguno sabe!
Todos lo sienten, nadie lo comprende;
es un astro de fuego que se enciende
y nos baña en un mismo resplandor;
es vida de otro mundo en esta vida;
es rayo de otro sol sobre este suelo;
es un cielo mejor sobre ese cielo
fecundo con su luz y su calor.

Pero ¡ay! cuando en la arteria convulsiva
derrama el fuego que consume y mata,
cuando el rayo vibrante se desata
y tiembla dentro el pecho al estallar!
Ay, cuando bate la tormenta el ala!
Ay, cuando el viento pasa y envenena!
Ay, cuando el torbellino de la arena
la ola enturbia, y se levanta el mar!

Y ¿sabeis dónde lleva?....Donde el soplo
arrebata la paz de la bonanza,
allí donde zozobra la esperanza,
donde la muerte siéntese pasar;
infierno de la duda, donde, pálido,
se pasea el espectro del suicida;
allí donde las sombras de la vida
descienden en la noche del pesar.

Lleva donde el ensueño que ilumina
como un sol de encendidos resplandores,
envuelto en la espiral de sus vapores
hunde el último rayo de su luz;
donde suena fatídico en la noche
el graznido del cuervo funerario:
allí donde la vida es un calvario;
allí donde el recuerdo es una cruz!

Oh, Werther, tú lo sabes! Envolviste
en el polvo de muerte la cabeza,
donde, con la atraccion de su belleza,
la imágen de Carlota te llevó;
bajaste los sombríos escalones;
el sol iba cayendo y tu lo mismo;
te abrazaste á las sombras del abismo,
y ríjido tu cuerpo en él se hundió.

Pero tu amor era el amor del ángel;
el amor que sustenta una mirada,
un suspiro, una imágen adorada,
que lleva el corazon como un altar;
era el amor desesperado y triste,
que ahogándose en la atmósfera del mundo,
borró toda su historia en un segundo,
y otro mundo mas grande fué á buscar.

Hay amores de fiera enceguecida;
amores, que, al perder toda esperanza,
acechan, como el tigre, en la venganza;
amores del insecto, hácia la flor;
del reptil á la blanca mariposa
que alegra con sus alas la llanura;
de la fuerza brutal á la hermosura;
del crímen al candor!

Amor! Eterno amor! Vives en todo!
Luz en el alma vírgen que te siente,
sombra de tempestad sobre la frente
en que los pensamientos sombras son!
Del despecho levantas, con el ódio,
el incendio, la llama destructora;
la venganza es el fuego que devora;
la pira, el corazon!

II

—

Facundo! Bien le conoceis. La sangre
en la lucha tenaz por él vertida,
muestra aún en el suelo de la patria
la huella enrojecida.

Era el combate sanguinario, ardiente;
aliento de la pampa era su aliento;
y chocaba la lanza con la espada,
sin trégua de un momento.

La ciudad con el bárbaro luchaban
sin concederse un palmo en la pelea;
y en la lid combatian, cuerpo á cuerpo,
la ignorancia y la idea.

La tiniebla y la luz,—como combaten
en el ancho confin del horizonte,
el dia con la noche que se aleja
tras la cima del monte.

Como combate el mar con la ribera;
como combate con el mar la nave;
como combate el ave con el viento,
y el viento con el ave.

Era Facundo el rayo! Fiero, altivo,
dominaba al mirar; eran sus ojos
los del águila audaz cuando contempla
la víctima en despojos.

Génio de la llanura y su barbárie,
dominaba con fuerza en sus hazañas,
como los huracanes con sus iras
en las altas montañas.

Como domina el cóndor en la roca,
cuando, de pié en la cima, desafia
la tempestad que pasa oscureciendo
el esplendor del dia.

Sus pasiones brutales desdeñaban
cuanto hay de grande, generoso y bello,

y llevaba en el alma mas pasiones
que rizos su cabello.

Era la vida turbulenta y libre,
sin mas Dios que el acaso y la fortuna;
sin mas ley que el capricho: hado indomable
que le abrazó en la cuna!

*

Una noche, en el lecho, revolvíase
como el rio que salta en las montañas;
como el fuego en el cráter,—convulsivo,
cual si llevase el rayo en las entrañas.

Fijando la mirada en las tinieblas,
y el alma en la mirada, parecia
hablar con los espectros de la sombra
en secreto lenguaje; no se oía
ni una palabra, ni un rumor, ni un éco.
Estaba pensativo como el tigre,
que, apoyando en sus patas la cabeza,
mira el camino envuelto por la bruma,
y, aguardando su presa,
de la boca jadeante arroja espuma.

El, que hacia temblar con su fiereza;
él, indomable y fuerte en su destreza;
audaz, en su coraje,
como el potro salvaje
que alza el pecho y levanta la cabeza;
postrábase abatido,
cual leon sorprendido
en la red escondida en la maleza.

Es que la fiera misma,
como el hombre y el ave,
cede á una fuerza ignota que lo abisma,
cuyo misterio comprender no sabe;
es que su corazon, de amores ciego,
reconcentró su vida en ese instante,
cual reconcentra el sol todo su fuego,
todo el calor, toda la luz brillante!

III

—

Las flores que abre el alba
fresco rocío de los cielos moja;
entre las verdes hojas de la malva
abre sencilla la corola roja,
cubierta de frescura;
y el sol con su luz pura
se refleja brillante en cada hoja.

Todo es amor, todo es belleza, vida.
La tórtola escondida,
del espeso ramaje
asoma alborozada en las coronas,
y tiende de sus alas juguetonas
ceniciento plumaje;
el viento la recibe complaciente;
fúlgido el cielo con su luz la baña;
y vuela, y atraviesa alegremente
del bosque á la cabaña.

Pasa la primavera
como un sueño de besos y de flores
sobre el campo estendido,—que la espera,
como las almas jóvenes la era
de la dulce estacion de los amores.

Y ¿qué flor se levanta la primera,
mas gallarda, mas pura en su embeleso?
y ¿qué acento murmura
mas dulcemente que el amante beso
del perfumado viento en la llanura?
¿Hay acaso mas bellas?.... Es Severa!

*

Juventud inocente
corona su cabeza;
lleva el sello del ángel su belleza,
y el astro del candor sobre la frente.
Sonrie en su pupila
ese sol de las almas pudorosas,
y en su fresca mejilla abren las rosas
su corona de pétalos, ardiente.

Negros los ojos, dulce la mirada,
lleva un abismo indescriptible en ellos;
como negra cascada
flotan sobre su espalda los cabellos;
su diminuto pié, cuando camina,
tan bien se afirma, que el amor se afana
por comprender si es criatura humana
ó exhalacion divina.

*

Facundo la ha mirado! El pecho hirviente
ha palpitado en él con fúria loca,
que no hay un corazon indiferente
si el ala del amor llega y lo toca.

Ha sentido Facundo, en cada vena,
correr la sangre convertida en fuego,
y el peso abrumador de esa cadena
que lo arrebata, irresistible y ciego.

Ciego, la llama en su fatal delirio,
y persigue, con ánsias, á Severa,
para unir el aroma de ese lirio
con el aliento horrible de la fiera.

La persigue, la acecha; abofetea
su rostro bello con su mano ruda;
es la fuerza salvaje que pelea
con la mujer que en la virtud se escuda.

Hunde en su frente el taco de la bota,
sintiendo de furor el pecho lleno,
y en el mar tormentoso que lo azota,
llama en su auxilio el matador veneno.

*

Mas ¿qué puede el reptil, cuando lijera
el ave á impulso de sus alas sube
sobre el ala serena de la nube?....
Severa, con coraje,
firme resiste á aquel amor salvaje,
á ese instinto brutal que se revuelca
aún á su planta en que quedó vencido,—
que se revuelca con su horrenda fiebre,
y con las iras de Luzbel caído!

Con el pecho agitado
por todas las pasiones,
así, desesperado,
sintiéndose de pronto sacudido
por las fúrias violentas,
alejóse Facundo, sumerjido
en el mar de sus íntimas tormentas.

IV

—

Cuando abandona la paloma el nido,
huyendo al gavilan, que vá, sediento,
en un sueño de sangre sumerjido,
abierto el pico, el ojo enardecido,
y las plumas rizadas por el viento,—

¿Qué voz alienta á la paloma herida?
¿Qué luz la punta de sus alas toca,
les dá nuevo vigor y nueva vida,
para encontrar mas tarde una guarida
en las grietas oscuras de una roca?....

Ella, abriendo sus alas, tendió el vuelo...
Estenso como un mar, el horizonte
tendia de la tarde el triste velo;
pálido estaba, sin fulgor, el cielo,
el desierto sin fin, lejano el monte.

Pero Dios ¿no dió acaso en la llanura,
á la paloma de sus sueños hija,
una mansion oculta? ¿no es segura,
sobre el campo cubierto de verdura,
la rama del zarzal que la cobija?....

Así Severa, huyendo de Facundo,
y con las alas del candor abiertas,
en busca de la paz olvidó el mundo,
y el cláustro triste á su dolor profundo,
con lúgubre rumor abrió sus puertas.

De ciudad en ciudad, en sus dolores,
siempre impelida por revueltas olas,
cerró al tigre la luz de sus amores,
como cierran, purísimas, las flores,
temerosas del viento, sus corolas.

Al fin tocó sobre la quieta orilla;
bajel, perdido el rumbo, llegó al puerto;
su inocencia de vírgen sin mancilla,
salvó, como la tímida avecilla
que cruza con sus alas el desierto.

Halló el asilo, en su pesar, Severa;
en su virtud, huyó de la asechanza;
venció con su firmeza duradera

los instintos brutales de la fiera;
y se abrazó á la cruz de la esperanza.

*

En la nave sombría,
cual de mudas estátuas, se estendia
larga fila de monjes, que en silencio
bajaban la cabeza; de los círios
la triste palidez se reflejaba
en la bóveda enorme, en que vibraba
la música solemne; el crucifijo,
sobre el místico altar en que las flores
vertian sus balsámicos olores,
estendía sus brazos en la sombra;
y la espiral que alzaba el incensario,
con velos perfumados envolvia
esas hijas llorosas del calvario:
Magdalena y Maria!

*

Sobre la piedra helada,—
como el cadáver ríjido en la tumba,—
tendida estaba la novicia; el velo,

que cubria su cuerpo, sobre el suelo,
como las olas sobre el mar, flotaba;
el ala de algun ángel que pasaba
lo hacia estremecer, como estremece,
las hojas tiernas en la flor el viento,
cuando al pasar en el jardin las mece,
las besa y las envuelve con su aliento.

Los cabellos cortados;
esas exéquias fúnebres á un vivo;
esos monjes callados,
con aire pensativo;
esa terrible magestad de muerte;
y ese sueño profundo
que finge la novicia ¿es lo que advierte
su destino fatal, y la convierte
en muerta para el mundo?....
Sí! muerta para el mundo está, Dios mio!
¿Por qué es el cláustro, cual la tumba, frio?

*

Ya no verá del sol sobre los campos
la luz fecunda que las mieses dora;
no verá en el confin del horizonte

entre sonrisas palpitar la aurora;
no buscará los nidos
que en los arbustos balancea el viento,
ni aquellos escondidos
en el hueco de un muro amarillento,
ó entre las verdes hojas de la hiedra
que echaron su raiz sobre la piedra.

No saltará gozosa en la llanura;
no cruzará el camino
que conduce del monte á la espesura,
siguiendo el remolino
de las hojas caídas,
ó aquellas siempre inquietas mariposas,
alegres, y esparcidas,
como un beso de amor, sobre las rosas.

Ella abandona el mundo! Ella lo olvida
para acallar las penas de la vida!....
Eso dicen los cirios que se apagan,
la música que cesa, el coro suave,
y las sombras que vagan
en las bóvedas tristes de la nave.

V

¿Acaso visteis una vez siquiera
fuera del cauce desbordado el rio
invadir con sus aguas la pradera,
como el mar que levántase bravio,—
y la cabaña rústica, el ganado,
    la verde sementera,
    y hasta el nido olvidado
entre las hojas que le dió el estio?
Pues bien! Así Facundo, atormentado
por aquel corazon hecho pabezas,
se desbordó en la sed de la venganza....
y vertieron mas sangre las cabezas
alzadas en la punta de su lanza!

¿Quién lo sugeta? Como el tigre el campo,
él, las ciudades con la muerte aşola,
invade como Atila; como invade,
sin que haya un dique á su poder, la ola.

Con el despecho de su amor vencido,
siembra terrible espanto, mudo asombro;
y lleva, sin templarse en el olvido,
còmo Atlas, un mundo sobre el hombro;
un mundo de combates y de ódios,
de iras impetuosas sin bonanza,
de voces que le siguen incansables
y le gritan: venganza!

*

Y ¿qué es de la Severa encantadora?..
La cruz sobre el vetusto campanario
indica que bajo hay un calvario
do el alma entristecida ruega y llora.
Ah! la pobre Severa!..el muro frio
la separó del hombre, y halló en calma
el mundo de la muerte para el alma
en el cláustro sombrío.

*

En las horas de tristes pensamientos,
cuando la noche, fúnebre, caía,

y el ala fugitiva de los vientos
entregaba á la sombra sus lamentos
entre las grietas que la piedra abria,
¡cuántas veces, despierta sobre el lecho,
siguió las hondas del recuerdo vago
que se alzaban, formándose en su pecho
como la nube ténue sobre el lago!

Pero ella era feliz! Léjos del mundo,—
quizás como en la tumba,—no escuchaba
la palabra maldita de Facundo,
y en el mayor dolor se consolaba.
Para salvar la honra de su vida
la hundió en la noche del eterno duelo:
caido el cuerpo, levantóse el ángel
con las alas abiertas sobre el cielo.

*

Mas ¿qué gritos de turba maldecida
que en vértigo fatal se desenfrena,
aquel silencio, aquella paz, perturba,
y como el trueno de la noche suena?....
¡Qué! ¿Ni aún en la tumba habrá reposo?

¿Quién se atreve á inquietarlo? ¿Quién provoca
la magestad sombría de la muerte
llevando las blasfemias en la boca?
Oh, Facundo!....Si negra es la pendiente,
mas negro es el abismo; va tu frente
sumerjida en la nube sanguinaria,
y en cada pensamiento un crímen llevas!
¿Por qué inquietas la paz en estas cuevas
y ahogas en los labios la plegaria?....
Si una virtud sin mancha es lo que esconde
el muro de granito
¿por qué no lo respêtas?... ¿Dónde, dónde
irá á estrellarse tu furor maldito?....
Si es Severa que huye, y abrazada
á Cristo y á la Cruz, en su esperanza
párase allí, convulsa y agitada,
¿por qué sobre la cruz pones la lanza?
....

*

Azorado, en desórden, de los seres
que el mundo ya olvidó, grupos inquietos
salen de aquel recinto solitario,—
cual mudos esqueletos,

envueltos en el fúnebre sudario
salieran de esas tumbas, si hoy tuviese
un Salvador el mundo, que á sus puertas
lo que á Lázaro dijo les dijese!

*

Algo como el mortal presentimiento,
como el grito del buho que convierte
el lúgubre silencio en el lamento
con que anuncia la muerte,
así sintió en el corazon Severa.
Oraba en ese instante.
Un destello del sol en su semblante
parecia que el llanto recogiera
y hasta el trono de Dios lo levantara
como el rocío que la noche llora,
al cielo, hecho vapores, se elevara!
en las alas brillantes de la aurora!

*

Formadas en el cláustro,
con el pecho agitado, palpitante,

como pecho de cándida paloma
sorprendida en el nido; vacilante
el pié sobre aquel duro pavimento;
viejas, jóvenes, todas se estremecen,
y fantasmas parecen
que impele en la tiniebla un mismo viento.

Facundo avanza, como cuervo hambriento
que cae sobre el cadáver, y desgarra
con su sangrienta garra
el despojo sin vida que aún humea;
como el cuervo tambien, revolotea;
mira aquí, mira allá, gira, revuelve
los ojos por la sed enrojecidos,
por la sed de la sangre,
y como dos infiernos encendidos!

*

Una mujer, ya pálida,
queda, al mirarlo, con la vista fija;
fija, como la flecha que se clava
en el tronco del árbol; aterrada,

parece de otro mundo su mirada;
   como el alma que gime,
el alma toda á su pupila asoma;
quiere gritar, pero su voz se oprime....
y herida por la muerte se desploma!

Buenos Aires, Agosto de 1880.

EN LA TUMBA DE SALVADOR MARIO

Ayer era la luz, ayer la vida,
la juventud, sus sueños, sus ardores....
¡La juventud!.. . Sirena adormecida
sobre las olas de una mar inquieta,
que transformaba en cantos sus amores,
y el corazon del jóven en poeta!

Estos versos fueron escritos al saber la noticia de la muerte del malogrado jóven; y, á pedido de varios amigos, leidos por su autor en el cementerio de la Recoleta, entre los discursos que se pronunciaron en el acto del entierro.

Hoy, la sombra que aterra; hoy es la muerte
con sus cuadros sombrios, su misterio...
¡Hoy la sombra que aterra!....Que convierte
sus ensueños en nada, y los derrumba
con la fuerza invencible de su imperio
para cambiar el corazon en tumba!

La vida, deslizándose en su paso,
se alza en el zenit deslumbradora
para caer tranquila en el ocaso.
Pero ¡ah! no ha sido tu destino el mismo!....
Apenas te elevaste con la aurora
caiste con la noche en el abismo!

Amar!....Vivir en el hogar tranquilo,
donde todo dolor halla consuelo,
donde toda virtud encuentra asilo;
y, luego, perecer cuando se ama,
cuando la estrella fúlgida del cielo
su tibia luz al corazon derrama!.. .

Soñar!..Sentir como se espande y sube
á las puertas del mundo el alma ardiente,
y pasa vagarosa cual la nube,
blanco cendal de vaporosas brumas,
que atravesando sobre el mar rugiente,
acarician el viento y las espumas!..

Cantar! . . . Arder con resplandor fecundo
la inspiracion, que si en el pecho brota,
llama al poeta, y electriza el mundo;
y haciendo de su canto el universo,
modular su pasion en cada nota,
y derramar su vida en cada verso! . . .

Fuiste poeta, sí! . . . Oh! si las aves,
que alegres cruzan el estenso cielo
lo pudieran saber, sus coros suaves
rodearian tu tumba entristecidos,
alzarian sus quejas con su vuelo,
y en la corona del ciprés, sus nidos!

Fuiste poeta, sí! . . . Oh! si los vientos
que cruzan palpitando en la llanura
ó arrancando á las olas sus acentos
lo pudieran saber, se detendrian,—
y la oracion que su rumor murmura
sobre tu tumba triste elevarian!

Yo que lo sé, te lloro, y con tristeza,
sobre la tumba que tu cuerpo encierra
inclino respetuoso la cabeza!
El alma sufre, y meditando duda,
cuando te absorbe, pálido, la tierra,
y vé frio tu pecho, el arpa muda! . . .

Por eso es que te lloro, y que en mi llanto
mi jóven corazon ahogado siento! . . .
Por eso es que te lloro y que te canto! . .
Ha sido noble el alma que tuviste;
veló sobre tu vida el sentimiento:
y abrazado con él, con él caiste!

Noviembre 18 de 1879

LA VUELTA DEL HEROE

A JOSÉ DE SAN MARTIN

De pié,—sobre la arena
que acarician las olas que derrama
el turbulento Plata, en su carrera
de leon agitando su melena,—
un pueblo entero, San Martin, te espera,
un pueblo entero, San Martin, te aclama
vencedor del olvido. De tu fama
alza el laurel que conquistaste un dia,
cuando diste el relámpago á tu espada
que abatiera en la tierra esclavizada
la frente de la vieja tirania.
Alza el laurel guerrero
que vió el mundo caido en el proscrito,
caido, sí, pero jamás marchito!

Un dia,—triste dia,—
nuestro gran rio,—murmurando á solas
bajo el casco de hierro
con la nave el oleaje hendia,—
lloraba en el gemido de las olas
el adios del destierro.
Y eras tú el desterrado. Hecho pedazos
debió caer, coloso de la guerra,
tu corazon al estender los brazos
en el supremo adios! Dejar la tierra
en que tanto sufriste;
la tierra en que naciste;
la tierra en que veias libertada
á Yapeyú, la cuna en que tu infancia
mecióse con risueñas alegrias
aspirando en sus bosques la fragancia
derramada en sus flores;
la tierra redimida
en que atraviesa el Andes,—el procénio
en que lanzó sus vivos resplandores
la aureola de tu génio,—
el Andes con sus riscos y quebradas,
y llanos que te dieron sus laureles,
cuando fueron alzando tus corceles
polvo de redencion con sus pisadas!

San Lorenzo! Allí! Fué en las riberas
que baña el Paraná, do encendió el rayo
el sable de tus huestes granaderas;
do, desplegado al viento,
el pabellon de Mayo,—
reto á los opresores,—fué el aliento
del soldado de América; el acento
de un himno que escitaba á la pelea;
el grito del combate furibundo;
la forma de una idea:
la libertad de un mundo!

Confuso vió el verdugo
el valor de la víctima, que, alzándose,
en su frente opresora quebró el yugo....
y al primer èslabon de la cadena
que caía en pedazos,—la victoria
sobre el pueblo argentino abrió sus alas,
sobre el héroe inmortal abrió la gloria!

Así pasaste el Andes!
Como inmensa avalancha
que desprendida de la cumbre enhiesta
en la corriente rápida se ensancha,—
así la erguida cuesta
tus soldados bajaban.

Los pueblos, que esperaban,
les vieron descender como la lava
que se desborda del volcan hirviente
y por el valle corre y serpentea....
y rompió sus cadenas Chile esclava,
y entre las garras del leon, potente,
irguióse en la pelea.

Les vieron descender,—como desciende
desde la nube, vengador, el rayo,—
y luchar sin desmayo;
les vieron vencedores
en la cuesta inmortal de Chacabuco;
levantarse en Maipú, con la victoria
de dos pueblos hermanos;
y libertar la patria de los Incas
cansada de ser trono de tiranos!...

Vuelve! Vuelve! La América te espera!
Vuelve! Vuelve á la pátria que tu brazo,—
arma del génio,—levantó en la historia!
Vuelve, y reposa envuelto en la bandera
que desde el Plata al alto Chimborazo
paseaste en la victoria!

Vuelve! y sé nuestro aliento
en los dias de lucha; que tu nombre

revele tu grandeza al pensamiento;
que en tu ceniza el hombre
pueda animar sus fuerzas; que tu ejemplo,
de todos, San Martin, ejemplo sea;
y cuando el pueblo lea
bajo la augusta bóveda del templo
en letras de oro tu renombre escrito,
medite con el alma conmovida
qué tesoro infinito
es la noble virtud del ciudadano;
piense en la patria; y piense que es su vida,
vida de libertad: ódie al tirano;—
y recuerde,—agitado
del pátrio amor que el corazon espande,—
al héroe en el soldado,
y en el proscrito, al grande!

25 de Mayo de 1880.

SUICIDA

PEQUEÑO POEMA

Al Sr. Doctor D. Nicolás Avellaneda.

CANTO I

I

Dibujando, en desvario,
mil sombras que arremolina,
triste lámpara ilumina
un cuarto lóbrego y frio.
Pensando, solo, sombrio,
como si al borde estuviera
de un abismo y conociera
cuán insondable es su seno,
Roberto, de angustia lleno,
blasfema y se desespera.

II

Piensa!... Y en gran confusion
acuden sus pensamientos
como traidos por vientos
que soplan del corazon;
ofuscada su razon
en tan récio batallar,
siente agitarse y rodar
la idea que lo atormenta,
como al soplar la tormenta
las negras crestas del mar.

III

«Sombra, nó mas, es la vida!»
le grita allí desde el fondo
del corazon, en el hondo
abismo, una voz perdida;
y aquella voz, combatida
por miles otras quizás,
triunfa y repite: «jamás
se llega al ansiado puerto»....
y exclama, altivo, Roberto:
«¡La vida es sombra nó mas!»

IV

Sobre el papel agitada
la pluma deja volar,
sin que se sienta temblar
su mano firme y crispada;
del alma, triste y ahogada,
en negra tinta refleja
cada palabra una queja,
un grito de rábia ó muerte,
y, maldiciendo su suerte,
hablar al despecho deja.

V

«¡Cansado estoy de vivir!
«¿Qué goces hay en la vida?
«¿Qué dicha, la mas querida,
«no nace para morir?....
«¡Sufrir, y solo sufrir,
«es la ley de mi destino!
«¿Qué encontraré en mi camino
«que no sea decepcion?....
«¡Llevo muerto el corazon!
«¡Desgraciado peregrino!

VI

«Soñé de niño en la gloria,
«y la gloria huyó de mí;
«tras la victoria corrí,
«y huyó tambien la victoria!
«Solo quedó en la memoria
«recuerdo de tanto anhelo,
«y rodé del desconsuelo
«al precipicio mas hondo,
«mirando desde su fondo
«el régio manto del cielo!»

VII

«Para olvidar el dolor,—
«oculto el sol de mis sueños,—
«busqué momentos risueños
«en los brazos del amor;
«y sólo hallé sinsabor
«en esa copa dorada,—
«que nada en el mundo, nada,
«dura el trascurso de un dia!...
«¡Cómo sentí el alma fria
con la ilusion disipada!»

VIII

«Una tarde,—en la ribera
«del ancho rio espumoso
«que desliza presuroso,—
«bajamos por la ladera.
«El sol de la primavera
«rodaba ya en el ocaso,
«y el rayo de luz escaso,
«cruzando nubes de oro,
«nos sorprendia un «te adoro»
«y un suspiro á cada paso.»

IX

«¡Cuántas veces sorprendió
«nuestras palabras ahogadas,
«y el amor que en las miradas
«llevábamos ella y yó!
«¡Cuántas veces nos miró
«cruzar la verde llanura,
«llevando aquella ternura
«que un alma de otra levanta,
«y oyendo el ave que canta,
«y la brisa que murmura!»

X

«Y hoy nada de aquello existe!
«Hoy, estruendo de la lucha,
«rumor de tormenta, escucha,
«sin cesar, el alma triste!
«En vano, en vano resiste
«la fuerza del récio viento
«que agita su sufrimiento,
«y, sombra á sombra, le vierte
«esa ansiedad de la muerte,
«único fin del tormento! »

XI

«¿Qué fueron de aquellos dias?
«¿Qué nube los eclipsó?
«¿Hácia qué noche rodó
«el sol de mis alegrias? . . . .
«Frias las horas, tan frias,
«siento en el mundo pasar,
«que jamás podré dudar
«sea el sepulcro mas frio! . . .
«¡Oh, eterno sueño que ansío,
«cómo me harás descansar!»

XII

Dejó la pluma. El papel
quedóse testigo mudo
de aquel combate tan rudo,
de aquel sufrir tan cruel;
la sonrisa de Luzbel
ardió el lábio de Roberto,
que de su cuarto desierto
la distancia recorrió,
y largo rato vagó
como la sombra de un muerto.

XIII

¡Hombre sin fé! En esta vida
sufrir, nó mas, es vivir;
el dolor tiene que abrir
su negra y sangrienta herida;
hoja que rueda impelida
por el viento en el camino,
así el hombre, peregrino,
rueda en la faz de la tierra,
siempre inquieto, siempre en guerra
con la fuerza del destino!...

XIV

¡Oh! ¡Qué fulgor tan sombrío
en la lámpara brilló!
¡Cómo aquel sítio quedó,
en verdad, frio, muy frio!
Olas revueltas de un rio
que encrespa agitado el viento,
en su angustioso tormento,
llena el alma de martirio,
Roberto sintió el delirio
con que choca el pensamiento!

XV

Pensamiento!..Pensamiento!
¡Cuántas veces, combatiente,
dejas subir á la frente
las sombras del sufrimiento!
¡Cuántas veces el lamento
del herido corazon
sacudes en la razon,
y el sueño desesperado,
como pájaro encerrado
que aletea en su prision!

XVI

Pensamiento!....Pensamiento!
¡Cuántas veces, rôedor,
bajo el peso del dolor
que agóbia con su tormento,
te doblas, como si un viento
de muerte te sacudiera,
y en un sudario envolviera
tus esperanzas, tu vuelo,
tu vida, tu luz, tu cielo,
tu esplendor, tu primavera!

XVII

Pensamiento!....Rey osado
que cruzas mundos y cielos,
y vás, rompiendo sus velos,
donde nadie ha penetrado,
rey altivo, levantado
sobre sus alas tranquilas
que rompes, cual las Sibilas,
las nieblas del porvenir
¿por qué en vez de combatir,
doblegándote, vacilas?

XVIII

¡Oh! Tú le gritas, perdido:
«Abrázate á la tiniebla;
«en ella tranquila puebla
«la dulce paz del olvido! . . . .»
y aquel grito desprendido,
en la noche del pesar,
le llama y le hace bajar
hasta la sima maldita
en la que tiene escrita
esta palabra: ¡dudar!

XIX

Le dices: «Las dichas son,
«sobre el mar en que bogamos,
«esperanzas que soñamos,
«mentiras del corazon!
«¡Ay de aquel que, en su pasion
«por la dicha que no existe,
«la vé nacer, y reviste
«sus ilusiones con ella! . . . .
«Tendrá al descender la estrella
«el crepúsculo mas triste!

XX

Y él te escucha, él te obedece,
y tu vaiven va siguiendo,
como la estela corriendo
tras la nave que la mece,
y á momentos aparece,
en su rostro, fiero, altivo,
un gesto tan espresivo
del gran dolor que lo hiriera,
cuál si otra vez repitiera:
«¡Dios mio! ¿para qué vivo?»

—

CANTO II

XXI

«¡Me mato, sí que me mato!»
triste Roberto esclamó...
y alzando los ojos vió
de un ser querido el retrato.
La vista, por largo rato,
fijó en aquella pintura,
y pensó que en la amargura
en que jimiendo vagaba,
álguien allí lo miraba
con infinita ternura.

XXII

Era la imágen querida
de una madre cariñosa
que tejió con mirto y rosa
la cuna para su vida;
la cuna, que, suspendida
del cielo de los amores,
iluminó los albores
de sus horas mas doradas,
que vió pasar enlazadas
por mil cadenas de flores.

XXIII

Era la imágen de aquella
que en el mundo fué su amparo,
que sobre el mar fué su faro,
y sobre el cielo su estrella;
cuya sonrisa tan bella
mil veces lo acarició;
de aquella á quien tanto amó,
cuando abriera en su existencia
esa flor de la inocencia
que el tiempo ¡ay! deshojó!

XXIV

Y por mas que el sufrimiento
agitára su razon,
reanimaba el corazon
un dormido sentimiento,
así cual reanima el viento
la llama en la muerta hoguera
que la ceniza cubriera,
y cual reanima la flor
el esperado calor
de la feraz primavera.

XXV

Y bajo el yugo que pesa
sobre el corazon herido,
un acento siempre oído
le dijo: «tu madre es esa!»
y aquella alma, lloró, presa
del angustioso pesar
con que empezó á recordar
las horas que fué de niño,
y el estremado cariño
que nunca creyó olvidar.

XXVI

Con inquietud delirante,
su memoria recorrió
toda la edad que pasó
bajo cielo tan brillante;
y apaciguado un instante
el volcan de sus dolores,
encendió sus resplandores
el sol de rayos risueños
de aquella edad de los sueños,
de aquella edad de las flores!

XXVII

Y dijo, llorando, así:
«Madre á quien tanto he querido,
«¡cuánto por mí has combatido,
«cuánto sufriste por mí!
«Si tan desgraciado fuí,
«no culpo, nó, tu cuidado,
«que en este mundo agitado
«por un veloz torbellino,
«quiso tambien el destino
«que se nazca desgraciado.»

XXVIII

«Perdon! perdon! si la vida
«me quito en temprana edad!
«Pensad, mi madre, pensad
«que es mortal ¡mortal! mi herida.
«Pensad en que combatida
«por la suerte, sin cesar,
«no queda, para triunfar
«del capricho de la suerte,
«sino abrazar á la muerte,
«y acabar . . . ¡solo acabar!»

XXIX

Y doblegóse, abatido,
cual se doblegan las cañas
cuando sopla en las montañas
el viento ensoberbecido;
y rompiendo del olvido
los ya condensados velos,
una estrella de los cielos
cruzó el alma de Roberto,
vertiendo en su paso incierto
la lumbre de los consuelos.

XXX

Y lloró; secó la fuente
que las lágrimas guardaba . . .
y el retrato lo miraba
siempre afable y sonriënte!
¡Oh, amor, amor inocente,
tesoro que encierra el alma,
eterna y gloriosa palma
que debe alzar el mortal,
tu opones el bien al mal,
y á la tempestad, la calma!

XXXI

Cada objeto, apareciendo
con nueva luz á sus ojos,
disipando sus enojos,
tambien le fué sonriëndo;
y Roberto comprendiendo
que existe un sol eternal,—
el recuerdo celestial
de aquel amor tan sagrado,—
reemplazó en eden soñado
el pensamiento del mal.

XXXII

Y poco á poco, luchando,
sin hallar trégua, la suerte,
entre la vida y la muerte
su capricho fué jugando;
llorando, siempre llorando,
desahogó en llanto el pesar,
que llorar, solo llorar,
disipa todas las penas,
y, hasta las duras cadenas
del dolor, hace quebrar!

XXXIII

Y dijo, alzando las manos
hácia el retrato querido:
«¡Oh, madre! yo no te olvido,
«ni olvido de mis hermanos!
«ni de esos dias lejanos
«de paz, de placer, de vida,
«en que á la sombra escondida
«del hogar, la primavera
«pareció que nos cubriera
«desde el cielo suspendida!»

XXXIV

«Fiel al recuerdo, lo juro,
«viviré, madre, y perdon,
«si un momento el corazon
«tuve, á la verdad, muy duro!»...
Y con el paso seguro,
llegándose hasta el retrato,
lo contempló largo rato
con ternura, lo besó,
y dos veces repitió:
«¡No me mato!....¡No me mato!»...

XXXV

Levántate, pensamiento!
Levántate, que has vencido,
y en la lucha has combatido
como el ave con el viento!
Levántate, sentimiento!
Corazon triste, despierta!...
Sobre la tierra desierta
brota la verdosa palma
que ofrece frescura al alma,
y anima la dicha muerta!

XXXVI

Levántate, pensamiento!
porque el tremendo combate
del dolor, ya no te abate,
ni te dobla su tormento!....
Puede mas que el sufrimiento
el vuelo que te levanta,
que te anima, te agiganta,
y á un solo impulso te eleva
hasta aquella pátria nueva
do el coro de ángeles canta!

XXXVII

Levántate! Ya clarea
entre sonrisas la aurora
que vierte, consoladora,
todo su fuego en la idea!
La ola del mar chispea
como una ola de plata,
y la altiva catarata
que alza brillantes vapores,
como íris de mil colores
estruendosa se desata!

XXXVIII

Levántate! que, festiva,
canta él ave en la enramada,
de la flor enamorada
y entre las hojas cautiva!
Que reviva, que reviva,
tu sueño al ver la grandeza
y la espléndida belleza
del mar, la tierra, y el cielo,
cuando desprende su velo
la madre Naturaleza!...

XXXIX

Cuando el récio viento azota
la nave que vá insegura,
cuyo velámen figura
cruzando blanca gaviota;
cuando agítase ya rota
sobre el mar altivo y fiero,
sostiénese el marinero,
y, de pié sobre cubierta,
resiste á la lucha abierta
del huracan altanero,

XL

El no la hunde en el mar
que rugiendo la combate,
el negro mar, que la bate,
y á que intenta refrenar....
Fatigada de luchar,
mas no vencida, la prora
levántase á toda hora,
y, batiendo con su empuje
la ira del mar que ruje,
llega al puerto vencedora!

Buenos Aires, Octubre 16 de 1880.

LA DANZA MACABRA

Silba el viento en los sepulcros
del oscuro cementerio;
la noche fúnebre tiende
sus negras alas, y el cuervo
de voz tétrica y salvaje,
de plumaje espeso y negro,
revoletea en las sombras
como fatídico espectro.

Sobre las losas heladas
ruido de pasos se siente;
á la vez tiemblan y gimen
las copas de los cipreses;
y envuelta por el sudario
que el tiempo roe, la Muerte
despierta los esqueletos
que en mudo silencio duermen.

Récio, fuerte, penetrante,
en el violin de la Parca
agita el arco flexible
los preludios de una danza,
y el oscuro cementerio
ni un solo esqueleto guarda
que no sienta arder la vida
en sus fibras apagadas.

Dejando todos el lecho,—
ese lecho duro y frio
donde una voz nunca llega,
donde no llega un bullicio,—
como Lázaro levantan
con su brazo seco y rígido
las piedras de los sepulcros,
y asoman su rostro lívido.

Sobre la húmeda yerba,
horriblemente saltando,
como si fuesen envueltos
por el torbellino rápido,
todos cruzan, todos corren
al misterioso llamado,
y dejan en cada arbusto
un giron de su sudario.

No ha distinguido la Muerte
la nobleza ni el talento,
ni la beldad de la hermosa,
y el poder cede á su imperio:
que en el lúgubre recinto,
por el mismo polvo envueltos,
son los chicos y los grandes
miserables esqueletos.

Y danzan todos siguiendo
el delirio de las notas;
y mezclando á sus sonidos
el de los huesos que chocan,
tan hondo pavor inspiran
en la noche silenciosa,
que hasta las mismas estrellas
se cobijan con la sombra.

De pronto el gallo, cantando,—
valeroso centinela
á quien no arredra la noche,
ni la misma noche arredra,—
interrumpe aquella orgía,
y con su canto recuerda
á la Parca y á los muertos
que la mañana se acerca.

Hácia las tumbas abiertas
se lanzan todos de nuevo;
calla el violin de la muerte;
suenan los últimos écos;
y cuando queda tranquilo,
solo y triste, el cementerio,
vuelve á reinar en la noche
la majestad del silencio!

Abril 1º de 1881.

DESPUES DE LA BATALLA

DEDICADA Á LOS INVÁLIDOS ARGENTINOS

Cesó el tumulto fiero,
y el contínuo tronar de los cañones;
dejó la espada de lanzar relámpagos
en la negra tormenta del combate;
el potro del guerrero
dejó de estremecer con sus pisadas
el campo rojo en que la sangre hervia;
y como un ave enorme que se abate
cansada de volar, cayó la noche
melancólica y fria!

Composicion leida en el Politeama Argentino la noche del 9 de Junio, con ocasion de una fiesta á beneficio de los inválidos argentinos.

Escuchad! Escuchad! Hondos gemidos,
gritos de rábia y de dolor humano,
se sienten en los aires, impelidos
por el viento glacial que cruza el llano!
Escuchad! es el *¡ay!* de los heridos!....
Es lo que queda del combate rudo,
despues de las mundanas vanidades
que cubren de laureles un escudo
y hacen eterno un dia en las edades!

Sí! la pátria, como Hércules robusta,
destrozó la serpiente entre sus brazos,
y del tirano déspota de un pueblo
hizo caer el trono hecho pedazos!
Gloria á la patria vencedora y fuerte!
Gloria á sus hijos, á sus nobles hijos,
que, en la madre comun sus ojos fijos,
y en pos de la bandera que convierte
en héroes inmortales sus soldados,
fueron, por la vorágine arrastrados,
soñando el triunfo á desafiar la muerte!

Alcemos á ese cielo la mirada!
Que anuncien los clarines la victoria,
y el éco en álas de los vientos cruce
el orbe entero, repitiendo: ¡Gloria!....
Pero, vueltos los ojos

al campo de batalla, en que se escucha
el horrísono grito de la lucha,
dejemos que otro viento
agite en nuestro pecho el sentimiento,
y descendamos al oscuro abismo
en que reina el dolor ¡mónstruo cebado!
para pensar—ante los rotos pechos
que muestran sus entrañas palpitantes,—
á qué precio la gloria ha conquistado
su fúlgida corona de brillantes!

Allí un padre, allí un hijo, allí un hermano!
Las balas han tronchado sus cabezas,
como la lluvia del granizo troncha
en los arbustos las nacientes flores.....
Pasa el tiempo,—y ceniza solamente
queda de aquella juventud caida....
ceniza allí, y en el hogar miseria! ...
¡Sueños, amor, placer, verdosas ramas
que embellecen el árbol de la vida,
cuán bella realidad, desparecida
cual selva devorada por las llamas!

La muerte y la miseria! Ah! felices
los que caen en la lucha desplomados
y oyendo el grito del combate espiran!

Ellos serán, cual todos, olvidados;
los cubrirá la tierra silenciosa,
pero no irán, al menos, vagabundos,
en la senda penosa;
ni enseñarán su destrozado pecho,
rogando, por sus hijos y su esposa,
un duro pan y un miserable techo!

Despues del triunfo el hambre perpetuado!
destrozada la planta, el rostro hundido!....
y hasta el sopor de la embriaguez llamado
para ahogar el dolor con el olvido!

Restos de las batallas, no debiera
tan miserable suerte ser su suerte,
ni que el olvido horrible los cubriera,
sobre la tierra un pié y otro en la muerte!...
Trofeos ellos son—cual los jirones
de la rota bandera
que pasearon triunfante sus legiones;
la que marcó en el tiempo vuestra hora,
pueblos americanos;
la que cruzó los estendidos llanos;
la que trepó los empinados montes,
altiva siempre, siempre vencedora;

la que lanzó á lejanos horizontes,
astro inmortal, su resplandor fecundo;
y cuyo sol de fuego fué la aurora
con que surgió la libertad de un mundo!

Junio 8 de 1881.

EL POEMA DE LA INCONSTANCIA

A mi constante amigo José Nicolás Matienzo

I

EN EL CIELO DEL ALMA

—

El alma, como el mundo, tiene un cielo,
su cielo, como el cielo, tiene estrellas,
y de esos astros las miradas bellas
llenan de luz su trasparente velo.

Cruzando entre las sombras de este suelo,
hollando del dolor las tristes huellas,
la esperanza, la fé, todo está en ellas,
como un faro en el mar del desconsuelo.

Y entre esos astros de la luz divina,
hay uno en que sonrien los fulgores,
y que todo en el mundo lo ilumina.

Un astro de lucientes resplandores
que del cielo del alma no declina:
¡El astro seductor de los amores!

II

PRIMER AMOR

—

¿Por qué no vuelve la paloma al nido?
Llegó la noche, ha enmudecido el viento,
y en sus ligeras alas, ni un acento
repite el mundo entre la sombra hundido.

Todo en silencio calla, adormecido . . . .
Sobre la capa azul del firmamento,
el creador de los mundos, con su aliento,
las fúlgidas estrellas ha encendido.

Y la niña gentil de ojos de cielo
¿por qué mira los astros suspirando?
¿por qué besa una flor, con tanto anhelo? . . .

Ah! de su alma en la fuente adormecida,
el ala del amor, que iba pasando,
dejó la superficie conmovida!

III

YO A ELLA

—

Niña, si Dios te dió tanta belleza,
si con la flor de la inocencia pura
te coronó la frente, y con ternura
te dió el amor que á enardecerte empieza;

Si dió á tu voz la celestial pureza
y á tu rostro la cándida hermosura;
si no te dió una gota de amargura
cuando envolviste en sueños tu cabeza;

Y si es en tu mirar donde se anida
tu alma, en el amor reconcentrada,—
caricia de tus ojos desprendida,—

¿Para qué miraste? ¡Despiadada!
¿Ignoras qué tormentos en la vida
engendra al corazon una mirada?

IV

VISION

—

Con seno de jazmin, lábios de rosa,
ojos de cielo, luz en la mirada,
la ví, á la sombra de un rosal sentada,
como el mundo dormido, silenciosa.

Y parecióme al verla—vaporosa,
con el perfume del amor formada,—
mas bella que la aurora sonrosada
cuando despliega el ala luminosa.

¿Quién era? . . . Disipóse entre las brumas,
cual se disipan en el mar bravío,
al chocar con las rocas, las espumas.

Era una imágen que en la mente llevo:
miré á mi alrededor, y hallé el vacío;
cerré los ojos, y la ví de nuevo!

V

DESEOS

—

Quisiera ser la flor, que, enamorada,
entre su blanco seno se marchita,
y con el fuego del amor palpita,
sobre su blanco seno reclinada.

Quisiera ser la brisa perfumada,
que de su frente los cabellos quita,
y que con ellos juega, y los agita,
besando su mejilla sonrosada.

Quisiera ser crepúsculo y aurora,
la luz y la tiniebla, noche y dia,
para vivir con ella á toda hora.

Porque en el cielo de la vida mia
ella es el astro que el amor colora,
y luz en las tinieblas irradía.

VI

AMOR

—

Cuando estrecho su mano con ternura,
y veo el sueño en realidad tornado,
me late el corazon apasionado,
y dice «¡amor!» el lábio que murmura.

Cuando en sus lábios, esa rosa pura,
bebo la vida, el néctar delicado
con el que tantas veces me he embriagado,
amarla hasta morir el lábio jura.

Soy feliz á su lado; enardecida,
siento en el pecho el alma, palpitante,
con su alma en un abrazo confundida.

Y tanta luz en sus pupilas veo,
que, cuando llego hasta sus piés, amante,
á las puertas del cielo llegar creo!

VII

A UNA FLOR MARCHITA

—

Naciste con la luz de una alborada,
y, al encontrar en tí tantos primores,
ella, de su jardin de hermosas flores
te arrancó con su mano enamorada.

En su seno de nieve, cobijada,
hallaste mil encantos seductores,
y, al sentir el calor de sus amores,
caiste entre su seno deshojada.

Mia has sido despues; y hoy que en tí veo
el perfume, el color, todo marchito,
¡ah! ¡qué *recuerdos* en tus hojas leo!

Tú eres ¡oh, flor! la página mas pura,
do mi alma, en secreto, encuentra escrito
un poema de amor y de ternura!

VIII

DUDA

—

¿Es tiniebla ó es luz, abismo ó cielo,
grandiosa inmensidad, ú horrenda nada,
lo que contempla ansiosa la mirada
y que cubre el misterio con un velo?

En ese corazon, que tanto anhelo,
el alma, que me tiene aprisionada,
¿habrá encontrado otra alma enamorada,
ó do creyó hallar fuego encontró hielo?

No sé; no sé; correr dentro del pecho
siento la ardiente sangre de una herida
que me ha dejado el corazon deshecho.

Ah! no debieran enturbiar las brumas
los momentos felices de la vida,
cuando el mar del amor levanta espumas!

IX

INGRATITUD

—

Ayer, el alma abierta á los amores,—
Latir sentia el corazon contento,
y aspiraba, embriagado con su aliento,
luz en el cielo, y en la tierra flores.

Hoy, el áspid traidor de los dolores,
mordióme el pecho, en su furor cruento;
bebió la sangre al corazon, sediento,
y le dejó la hiel de sus rencores.

Ella busca,—ingrata y despiadada,—
dejar con el acerbo desencanto
la flor de mi esperanza despojada.

Yo busco en el olvido la victoria;
mas no puedo olvidarla....¡cuesta tanto
borrar del corazon una memoria!...

X

INCONSTANCIA

—

La amé; si fué capricho ó fué locura
no lo podré decir, pero la amaba;
toda mi dicha, en ella se cifraba,
todo mi amor y toda mi ventura.

En su alma bella, candorosa y pura,
la luz de un alma celestial hallaba,
y en sus formas divinas encontraba
cuanto pude desear en hermosura.

Hoy ya ni nos miramos; si algun dia,
al pasar por mi lado, ella me viere,
ni del perdido amor se acordaria.

Porque la vida, á nuestra edad, alcanza,
sobre una esperanza que se muere
á levantar la flor de otra esperanza!

Febrero de 1879.

SOR MARIA

A MI HERMANO RODOLFO

I

Vése por la abierta ojiva
el sol que rueda al ocaso...
Triste el rostro, lento el paso,
va la monja pensativa;
como paloma cautiva
que en la prision de una reja
mirando el cielo se queja,
al ver el sol que se apaga
orando en el claustro vaga,
orando viene y se aleja.

VI

En el dolor que alborota
vió hundirse la vida aquella,
como nave que se estrella
contra los peñascos rota;
y hoy que el viento no la azota,
hoy que reposa en la calma
de las hojas de la palma
inclinadas á la tierra,
¿por qué como ántes encierra
la tempestad en el alma?

VII

Lleva en la pupila ardiente,
y con miradas escrita,
la decepcion que la agita
y envuelve en sombras su frente;
que, por mas indiferente
que muestre estar, su semblante,
como un espejo brillante,
refleja el alma intranquila,
que en la pendiente vacila
sobre un abismo aterrante.

VIII

Con el paso tembloroso
llega al pié de un Crucifijo,
que, junto al ángulo, fijo,
abre sus brazos, piadoso;
todo en lúgubre reposo
en aquel recinto calla,
y solo en su pecho estalla
la enfurecida tormenta,
que á cada recuerdo aumenta
su incomprensible batalla!

IX

Entre sus manos hundida
deja la cabeza, y llora
esas penas de una hora
que llenan toda la vida;
y en el pesar sumerjida,
solloza en el cláustro sola
como solloza la ola,
y suspira en sus dolores
como suspiran las flores
de perfumada corola.

X

Llora... y el sol apagando
su último rayo en la nube,
deja á la luna que sube
y el cielo vá matizando;
la luna, siempre rodando,
arroja, al fin, por la ojiva,
un destello á la cautiva
que alza los ojos y ruega
para buscar si le llega
una esperanza de arriba!

XI

Las estrellas esparcidas
aparecen poco á poco
por un invisible foco
sobre la noche encendidas;
las llanuras estendidas
como una mullida alfombra
reposan entre la sombra;
y vagan en coro suave
palabras que no se sabe
que lábio es el que las nombra.

XII

Solo en el recinto oscuro,
donde el bullicio del mundo
nunca interrumpe el profundo
silencio que guarda el muro;
sufriendo el destino duro
que la suerte le depara,
un ser de pálida cara
mira al astro con tristeza,
y levanta la cabeza
cual si con él conversara.

XIII

Es Sor Maria. Afligida
en vano busca el consuelo
en la esperanza del cielo,
en el calor de otra vida;
en su juventud no olvida,
por mas que olvidarlo quiera,
qué triste muerte le espera,
allí do espera la muerte,
allí donde se convierte
en frio la primavera.

XIV

Quizá el arrepentimiento,
nube de sombras, acude
allí donde se sacude
la nube de su tormento;
y siente en el pensamiento
el peso de sus cadenas,
y en la sangre de las venas
esa indomable fiereza
de la fuerza y la belleza
abatidas por las penas.

XV

Con el amor contrariado
y la ilusion apagada,
perdida, desesperada,
entró á aquel cláustro olvidado;
pero en el pecho agitado
la paz no fué duradera,
y tal dolor se apodera
de su corazon herido,
que, lejos de hallar olvido
como antes, se desespera.

XVI

Esa sávia fecundante
de juventud que la agita,
otra espansion necesita
que la anime y la levante;
la soledad aterrante
es para ella una tumba
en que airado el viento zumba, —
el viento de los pesares,
que en esos tristes lugares
como los truenos retumba.

XVII

Flor demasiado temprana,
en vano por el martirio
optó en su fatal delirio,
y en la primera mañana.
No es sombra la vida humana,
no es ilusion su destino,
ni es la ley del peregrino
que cruza el mundo desierto,
enterrarse como un muerto
bajo el polvo del camino.

XVIII

Nunca fué del alma fuerte
por el dolor combatida,
envolver toda la vida
con el velo de la muerte;
y Sor Maria lo advierte
y conoce, aunque ya tarde,
que aquella hoguera que arde
y que consume su pecho,
es un porvenir deshecho
por el ánimo cobarde.

XIX

A consolarla no alcanza
la Cruz que le abre sus brazos,
ni el Cristo, al que en sus abrazos
pide piedad y esperanza;
cada recuerdo que avanza
mas la inquieta y la doblega,
y de aquel lábio que ruega
se escapan hondos gemidos,
como de mares dormidos
cuando el crepúsculo llega....

XX

La luna se vá alejando,
y, en sus postreros desmayos,
los últimos tíbios rayos
por el cláustro van pasando;
y Sor Maria, quedando
á solas con su martirio,
vé en agitado delirio
alumbrarse los objetos,
como á los rayos inquietos
que dá la lumbre del círio!

XXI

Amó. La fúlgida estrella
que brilla sobre este suelo
pasó con rápido vuelo
dejando imborrable huella.
En su alma, jóven y bella,
sintió el estremecimiento
de aquel primer sentimiento,—
como la hoja naciente,
al brotar del tronco, siente
el primer beso del viento.

XXII

Amó con esa ternura
que puede encerrar el alma;
soñó en apacible calma
un porvenir de ventura,
y la llama ardiente y pura
del corazon desprendida,
al encontrarse impelida,
por aquel soplo divino,
acarició su destino
con los sueños de otra vida.

XXIII

Y así, sin cesar soñando,
siempre animada queriendo,
al cabo fué comprendiendo
que solo se vive amando.
Los dias fueron pasando,
y el corazon á porfia
luchando con la alegria,
dióle con saña traidora
una duda en cada hora,
un tormento en cada dia.

XXIV

Para borrar de la mente
el recuerdo del despecho,—
saeta que dentro el pecho
se le clavó eternamente,—
fué á buscar la paz ausente
bajo la bóveda fria,
que si alguna paz tenia,
era la paz de la muerte,
mas terrible que la suerte
que la tierra le ofrecia.

XXV

¡Qué!....¿no es mas triste, mas duro,
dejar la senda del mundo?
¿Acaso es menos profundo
el dolor que encierra un muro?
¿Acaso en el cláustro oscuro
no sufre mayor tormento?
¿Acaso acalla el lamento
del corazon que se queja?
¿Detiene acaso la reja
el vuelo del pensamiento?

XXII

Amó con esa ternura
que puede encerrar el alma;
soñó en apacible calma
un porvenir de ventura,
y la llama ardiente y pura
del corazon desprendida,
al encontrarse impelida,
por aquel soplo divino,
acarició su destino
con los sueños de otra vida.

XXIII

Y así, sin cesar soñando,
siempre animada queriendo,
al cabo fué comprendiendo
que solo se vive amando.
Los dias fueron pasando,
y el corazon á porfia
luchando con la alegria,
dióle con saña traidora
una duda en cada hora,
un tormento en cada dia.

XXIV

Para borrar de la mente
el recuerdo del despecho,—
saeta que dentro el pecho
se le clavó eternamente,—
fué á buscar la paz ausente
bajo la bóveda fria,
que si alguna paz tenia,
era la paz de la muerte,
mas terrible que la suerte
que la tierra le ofrecia.

XXV

¡Qué!....¿no es mas triste, mas duro,
dejar la senda del mundo?
¿Acaso es menos profundo
el dolor que encierra un muro?
¿Acaso en el cláustro oscuro
no sufre mayor tormento?
¿Acaso acalla el lamento
del corazon que se queja?
¿Detiene acaso la reja
el vuelo del pensamiento?

XXVI

Delirio ¡delirio vano!
La fé mas ciega no apaga
el fuego que abre la llaga
en el corazon humano;
en el revuelto oceano
nadie ataja la marea;
y así cual la ola ondea
sin hallar dique ni valla,
tras empeñada batalla
la pasion se enseñorea!

XXVII

¿Para qué ahogar el acento
de la esperanza postrera?
¿Para qué hacer duradera
una pena de un momento?
¿Por qué el contínuo tormento?
¿Por qué el ser lleno de vida
deja la senda seguida,
porque no es la del reposo,
para bajar silencioso
á la tumba ennegrecida?

XXVIII

¿Acaso á Dios no se adora
cumpliendo su ley? ¿Acaso
es ley bajar al ocaso
cuando clarea la aurora?. . .
El alma que sufre y llora
solo calmará sus penas
en las desiertas arenas
donde la encontró su duelo,
allí donde mire al cielo
sin arrastrar sus cadenas!

XXIX

El Dios que á todos ayuda
hace que siempre en la vida
á la esperanza perdida
la nueva esperanza acuda;
mas nó que en la cueva muda,
en donde la muerte avanza,—
allí donde la venganza
contra uno mismo se ensaña,—
se eche encima una montaña
y renuncie á la esperanza.

XXX

El cláustro quedó mas frio;
y la luna, al ir bajando,
en las sombras fué dejando
aquel recinto sombrio;
y en confuso desvario,
con estraños movimientos,
sombras en los pensamientos
la oscuridad fué vertiendo,
que pasaron pareciendo
un remolino de vientos.

XXXI

Sor Maria,—interrumpiendo
la quietud con sus suspiros
que en alborotados giros
iban al cielo subiendo,—
el cláustro fué recorriendo
desde el uno al otro lado,
como cadáver alzado
desde el fondo de la fosa,
que vaga, y jamás reposa,
por una sombra arrastrado.

XXXII

¡Quién sabe qué sinsabores,
qué amarga hiel que envenena,
le daba hasta el borde llena
la copa de los dolores!
Como se tronchan las flores
cuando el rayo las doblega,
así arrebatada y ciega,
en su indecible quebranto,
á los consuelos del llanto
desesperada se entrega.

XXXIII

Llama en delirio á la muerte,
ese sueño imperturbable
que con afan indomable
en polvo vil nos convierte;
vuelve á lamentar su suerte,
vuelve á gemir suspirando,
y cada vez vá quedando
mas opresa en su delirio,
cual si el peso del martirio
cada vez fuese aumentando.

XXXIV

terrante
aumenta su triste duelo,
y si una luz le dá el cielo
se disipa en un instante....
Es que la fé vacilante
en vano pretende, en vano,
acallar el oceano,
el oceano mas hondo,
en cuyo revuelto fondo
grita el corazon humano.

XXXV

Es que en el triste sendero,
á solas con el destino,
la vida es un remolino
sin un rumbo verdadero;
es un soplo del pampero
que por la estensa llanura
cruza agitado y murmura
como un amargo gemido,
que vá sin fuerza, perdido,
á morir en la espesura.

XXXVI

Con loco afan, Sor Maria,
mira el cielo oscurecido
como un sudario estendido
de sombra y melancolía;
sobre piedra dura y fria
deja el libro y el rosario,
y del muro solitario
hasta la ventana llega,
do rendida se doblega
como Cristo en el Calvario.

XXXVII

¿Qué le puede dar la vida
del recinto enmudecido
si no le ha dado el olvido,
si no ha cerrado su herida?
Ah! ¡Quién sabe si aflijida
no recuerda aquel cariño
de la madre, el desaliño
del mundo en su eterno sueño,
y tanto rostro risueño,
tantas sonrisas de niño!

XXXVIII

¡Quién sabe las dulces horas
de su inocente contento
no cruzan su pensamiento
mas bellas y halagadoras;
y compara las auroras
de aquella edad lisonjera,
y el sol de la primavera
que sin cesar la reviste,
con el crepúsculo triste
que adormecido la espera!

XXXIX

Y piensa que al Dios del cielo
amar en el mundo pudo
sin encerrarse en el mudo
silencio del desconsuelo;
sin envolverse en el velo
de la decepcion y el llanto,
sin cubrirse con el manto
de la noche funeraria,
en la vida solitaria
donde el alma sufre tanto!!....

XL

En el confin del oriente
límpio el sol de la mañana,
entre una nube de grana,
aparece sonrïente;
un destello complaciente
que de su centro refleja,
vá a mitigar una queja
que oyó en el cláustro desierto....
y encuentra un cadáver yerto
abrazado de la reja!

Buenos Aires, Agosto de 1880.

INDICE

PRIMAVERALES

UN LIBRO DE AMOR

NOCHE

POESIAS DIVERSAS

ERRATAS PRINCIPALES

Página	Línea	Dice	Debe decir
4	13	del rulo	del rizo
101	6	arbloeda	arboleda
108	14	que canto	que cuanto
122	14	ébria del amor	ébria de amor
140	6	parecíame	parecióme
156	15	espuma	espina
160	6	agitado pensamiento	agitado sufrimiento
192	11	indica que bajo	indica que debajo
194	18	Azorado, en desórden	Azorados, sin órden
204	4	Con la nave	Con que la nave
222	9	tiene escrita	tienes escrita
240	4	la misma noche	la misma muerte
251	12	¿Para qué	¿Para qué me
257	11	despojada	deshojada
267	17	triste muerte	triste suerte